

# Las Aventuras y Desventuras de un Vampiro Malagueño



● El Cuervo.

El insólito caso del cuñado  
y el armario

Llamas, J.M.



*Las Aventuras y  
Desventuras de un  
Vampiro Malagueño.*

*El Cuervo.*

*El insólito caso del cuñado y  
el armario.*

*Llamas, J.M.*

*Autor: José Manuel Llamas Fortes (Llamas, J.M.).*

*Editorial: Historias de las Afueras.*

*Roma, mayo 2018.*

*A ese viejo amigo, anónimo, que me narró  
el suceso cuya similitud con lo que aquí se cuenta  
es, quizás sí o quizás no, pura coincidencia.*



## Índice

<i>El cuarentazo.....</i>	<i>9</i>
<i>El Cuervo.....</i>	<i>15</i>
<i>El cliente.....</i>	<i>33</i>
<i>El lugar de los hechos.....</i>	<i>43</i>
<i>Los hechos del lugar.....</i>	<i>55</i>
<i>El Racimo.....</i>	<i>63</i>
<i>Los profesionales.....</i>	<i>79</i>
<i>La currante prometida.....</i>	<i>97</i>
<i>Varios de los nuestros.....</i>	<i>111</i>
<i>El pirata Roberts.....</i>	<i>123</i>
<i>La malvada bruja y sus monos.....</i>	<i>137</i>

*Desde hace mucho tiempo,  
la observación se ha convertido para mí  
en una especie de necesidad.*

C. Auguste Dupin.

Edgar Allan Poe, *Los crímenes de la calle Morgue*.

*Nec volebam multiplicari terrenis bonis  
devorans tempora  
et devoratus temporibus.*

Agustín de Hipona, *Confessionum libri* 9, 4, 10.



## *El cuarentazo.*

*Málaga, a cuarenta de mayo del año en curso, dos mil ciento dieciocho.*

Era un anochecer del mes de febrero, pongamos por caso, de aquel ya vetusto año dos mil dieciocho, hace ahora una centuria. Nuestra aventura comienza con una vuelta a la vida. Y no, no es excesivamente extraño teniendo en cuenta que esto ocurre cada jornada en la existencia de MC y el que les habla, L. Es una de esas estrambóticas condiciones que forman parte del día a día de nuestra dilatada enfermedad: en vez de dormir, se puede decir que morimos, porque nuestro corazón de vampiro late, dormidos o despiertos, a un ritmo inexistente.

Por tanto, abrí las compuertas de mis globos oculares con la misma torpeza del último cuarto de siglo, justo desde que, como narré en mi primera aventura, se hubiera producido mi conversión a *nospheratu* unos años después de que MC, compañera adolescente de estudios, hubiera tenido la escalofriante idea de hacerme paladear su sangre hasta el desmayo, no por amor eterno, sino por

simple compasión y porque, qué demonios, la adolescencia es así de impulsiva. Si espera que ahora le describa la maravillosa experiencia cuasi orgiástica que supuso la presencia de su mortal fluido vital en mi garganta, comprendo su decepción: no guardo absolutamente ninguna memoria de aquel momento, y no es, como podrá figurarse, por falta de ganas. Así que pasemos a otra cosa.

Además de este prolegómeno, hay otro que merece la pena tener en cuenta para comprender en toda su extensión la próxima escena: yo había estado enamorado de MC desde que nuestras miradas se cruzaran aquella inolvidable mañana en que su efigie se me hizo presente en las escaleras del instituto y ella, absolutamente inconsciente de mi figura, pasara a mi lado como si mi ser fuera etéreamente invisible. Bien es verdad que después nuestros caminos se siguieron cruzando un día tras otro y acabamos compartiendo una duradera amistad, que en mi caso convivía con un escozor nada cómodo ante el hecho, que no ha cambiado en más de cien años, de que ella me haya considerado su amigo sin pasar un milímetro de ahí, y yo haya ido y venido por el camino que transita entre el cariño afectuoso y la pasión encendida no sé cuántas veces, lo cual no supondría dificultad alguna si viviéramos, yo que sé, en ciudades o hemisferios distintos quedando para tomar café una vez al año, y no compartiendo guarida, nevera y lavadora, como ha pasado, salvo por breves periodos de tiempo, desde que dejé el Seminario diocesano debido a la imposibilidad de

hacer compatible una vida común entre mortales con mi particular estado de nomuerte. También es verdad que el enamoramiento es un proceso que dura un tiempo limitado, pero, válgame el cielo, tras más de una centuria de vampirismo compartido he tenido la oportunidad de sufrir esta atontolinadora fase muchas veces, y siempre con el mismo desenlace: yo colgado como un estúpido, y ella riéndose de mí a caja partida. De hecho, la que viene justo a continuación es, que yo recuerde, una de las últimas crisis profundas, si bien breve, que sufrí en este sentido. A partir de aquella época, la cosa fue a menos, porque la edad, estimado lector, fue a más.

Así pues, al regresar de lo que podríamos llamar mi apacible muerte encontré su jovial rostro de veinticinco años, edad en la que, de haber sufrido la conversión antes, se paraliza el envejecimiento de un vampiro, aunque ambos cargáramos a nuestras espaldas en aquellos momentos más de cuarenta inviernos, justo frente al mío, a no más de medio palmo de distancia, con sus codos apoyados en mi pecho y sus... En fin, y resumiendo: estaba justo encima de mí, *«cual mantis religiosa dispuesta a sacrificar a su pareja»*, pensé.

- MC, ¿qué significa es...? -pregunté, anonadado ante aquella extraña bienvenida al mundo de los vivos.

- ¿Qué? -preguntó ella a su vez, todavía despeinada y, aunque esto aún no era apreciable por mis ojos, que

alcanzaban solo su rostro, brazos y canalillo, en paños menores.

- Me pregunto por qué estás encima de mí, con... esa emoción en... el rostro, con... esa postura y con esas... - traté de explicarme, de forma, hay que reconocerlo, rematadamente deficiente. Entonces ella, que sin duda trataba de hacerme partícipe sorpresivamente de alguna alegría inesperada, flotó en el aire, comprendiendo el malentendido por mi parte; cruzó los brazos, frunció el ceño y me largó lo siguiente, despejando así los brotes de color de rosa que, efectivamente, estaban surgiendo en mi alma.

- Ya veo. Llevamos, psé, más de media vida juntos, AMIGO -esto lo dijo, imagínelo usted, con mayúsculas-. Y todavía crees que voy a llegarme una tarde, desesperada, a tu cama para declararte mi amor eterno o, yo qué sé, para pedirte que me eches un polvo porque no puedo resistirme a tus encantos, ¿eh? Me parece que esto lo hemos hablado ya más de una vez, ¿no?

- Joder, la he cagado. Esto... -de repente, cada trazo de la realidad volvió a su lugar original-, es que, verás... Necesito echarme... un poco de agua en la cara. No... No estoy acostumbrado a estos... despertares -seguí balbuciendo, con el mismo zopenco discurso que, la verdad, ayudaba poco-. En fin..., no creo que, aparte de aquella vez en la que me estaban apuntando con una pistola, haya tenido... nada tan cerca de mi careto justo después de abrir los ojos.

- Pues perdona que la ilusión por contarte la idea que me acaba de venir a la cabeza -me siguió aclarando ella, muy seria, moviendo los brazos en ademanes poco amistosos- haya hecho regresar esa manía tuya de enamorarte de vez en cuando de mí. Va a ser que no, otra vez. Amigo.

- Esto... -no hay nada peor que intentar arreglar lo irreparable- Pues yo qué sé, MC, te he visto tan así, que...

- ¿Que me has visto tan así? -preguntó, elevando la voz- ¿Tan cómo? ¿Tan feliz? ¿No puedo estar feliz? ¿Estar feliz significa que estoy colgada por ti? ¿O es que cada vez que sonrío te pega un flechazo el mamón de Cupido?

- Eres... un verdadero dulce cuando te lo propones, quilla -le respondí, sentándome en la cama y frotándome los ojos-. Dame por lo menos un besito, anda -añadí, mostrándole los morros e intentando así, por el método de la burla socarrona, librarme de aquella vergonzosa escena.

- Vete a tomar por culo -me respondió ella, dándome la espalda.

- Vale. Perdona, de verdad -opté, con esta expresión, al fin, por el método de la tercera manera de humildad ignaciana, que solía ser el más efectivo en casos como el que nos ocupa-. No sé, se me han cruzado dos neuronas chungas. Mira, vamos a hacer como que no ha pasado nada y me vuelvo a despertar, porque me parece que esto

ya no tiene remedio. Me levanto, tú estás en tu cuarto, me doy una ducha, tú aprovechas para ponerte también algo encima del sujetador y las bragas, que, te pongas de frente o de culo, tal y como estás, te lo digo de verdad, es difícil que yo me concentre en lo que me tengas que contar, nos vamos para la cocina y hale, me dices eso tan importante y que te hace tan feliz.

- Bueno. Vale. Pero, que lo sepas: eres un coñazo a veces, L -me soltó, señalándome con el dedo-. Como esto sea la crisis esa de los cuarenta -y soltó una sonora carcajada irónica-, estamos listos.

- No haberme convertido, querida -le aclaré, remachando cada sílaba-. Estas cosas pasan cuando le das tu sangre a un quinceañero que está colado por ti hasta las trancas. Y cuando, aunque seas una señora de más de cuarenta años, sigues teniendo la pinta de aquella chavala.

- Date un ducha fría. ¡Y piensa en Winona Ryder, tu otro amor cuarentón, imbécil! -me gritó, mientras me dirigía al servicio preguntándome qué sería esa idea que la había empujado a venir a mi lecho a despertarme en ropa interior. Desde luego, la respuesta a esta cuestión fue inesperada. Tan inesperada como configuradora de la siguiente etapa de nuestra vida juntos.

## *El Cuervo.*

Una vez duchado, y con los demás menesteres del momento y la situación concluidos, me dirigí a la cocina, donde ya esperaba MC, escuchando «*Watching the moon*», de los Second, con su clásico pantalón vaquero negro y su camisa azabache encima del breve atuendo con el que me había sorprendido un cuarto de hora antes. Todavía se estaba peinando, acción que en su caso, con esa melena fina y rubia que le cae hasta los hombros, presenta bastante menos complicación que en el mío, con este pelazo de estropajo de aluminio que Dios me ha regalado y que suelo cortarme casi al cero, por comodidad, pero que por entonces tenía al menos cuatro dedos de enmarañada longitud.

- ¡Buenas noches, MC! -exclamé, dándole los dos besos de rigor del tratado de buenas maneras que, la verdad sea dicha, no he leído jamás.

- Hola, L -me respondió ella, sorprendida por la intensa coherencia de mi «*vamos a hacer como que no ha pasado nada*»-. ¿Has dormido bien?

- Pues sí, la verdad -dije-. He soñado algo muy raro: era el jefe de policía de un pueblo mediano, y de repente

llegó a mi despacho Winona Ryder, ya sabes, “mi otro amor cuarentón”, para decirme que su hijo menor había desaparecido. Así que nos pusimos a buscarlo, pero empezaron a pasar cosas cada vez más extrañas y... Total, una locura, todo del revés. Por cierto, tengo una duda.

- ¿Del sueño? Mucho me temo que no puedo ayudarte. Todavía no he terminado de ver la serie -me informó MC, sonriendo con sarcasmo.

- No, no, es de otra cosa. Vamos a ver: cuando teníamos veinticinco años -recordé-, descubrimos que un vampiro deja de envejecer a esa edad. Nos quedamos paralizados ahí, y así estaremos hasta que, no sé, estiremos la pata de alguna forma, sabe Dios cómo. Se podría decir que se nos murió el cuerpo en el cumpleaños, o que las funciones vitales, no sé, están de vacaciones.

- Correcto. Se podría decir. ¿Y?

- ¿Por qué nos sigue creciendo el pelo? ¿Y las uñas? - pregunté, mostrándole ambos- Es un coñazo, de verdad.

- No tengo ni idea -me respondió, seguramente preguntándose por la razón de tal consulta-. Pero míralo de esta manera: imagínate que aquella vez que decidimos raparnos los dos, no me acuerdo ahora ni para qué, nos quedamos así para siempre, bombillas eternas, y que además se nos caen las cejas y las pestañas. O que le das un puñetazo a alguien, y te quedas sin uñas, y se acabó:



te encuentras con los dedos como espárragos blancos para siempre. Además, no solo nos pasa a nosotros: hay cadáveres a los que les siguen creciendo el pelo y las uñas durante meses. Y, por último, te recuerdo que no tenemos el cuerpo muerto del todo, ni vivo, sino así, tal y como está. Así que no te quejes, tío, que yo estoy feliz con ellas -y me mostró las uñas pintadas de púrpura.

- Vale. Me has convencido -repuse, mirando las mías y comprobando que les hacía falta un recorte desde semanas atrás-. Aunque lo del crecimiento de las greñas y las zarpas de los fiambres te lo podías haber ahorrado.

- Ahora ya hablando en serio, ¿estás más tranquilito, o no? -me preguntó.

- Como un oso pardo en enero -contesté.

- Vamos a lo que iba yo a decirte hace un ratito, entonces. Amigo -comenzó-, se me acaba de ocurrir una idea tremenda. Siéntate y te la explico. Y no digas nada hasta que haya terminado: es mejor que pongas tus peros después.

- Vale. De todas formas, no tengo nada mejor que hacer -dije, encogiendo los hombros y tomando asiento.

- Mientras estaba planchando la oreja en el reino de los perdidos -narró- se me ha venido a la cabeza algo que creo que es una realidad clara: a pesar de que hemos hecho alguna que otra cosa buena, y peligrosa, desde que dejaste el Seminario y te viniste a compartir piso

conmigo, formamos un equipo, a mi modo de ver, muy desaprovechado en los últimos tiempos. Sí, a ti te gusta eso de ser basurero y trabajar de noche, y juntos hemos desarmado una banda mafiosa -fue enumerando, contando con los dedos-, hemos dado varias lecciones a violentos, ricos e ideólogos de mierda, hemos librado a una joven que estaba metida hasta el culo en una secta, sacado de la cárcel a Susana..., y, en fin, salvado de una muerte casi segura a inocentes variados. Pero todo eso ha sido a salto de mata, sin un plan previo y, en la mayoría de las ocasiones, sin ninguna estrategia. Y aquí estamos, dos vampiros con más de cuarenta tacos y todavía preguntándose qué van a hacer con sus probablemente larguísimas vidas.

»Ahora vamos a lo importante. Si nos ponemos enfrente de un espejo y miramos nuestras personalidades, ¿qué es lo que veríamos reflejado? Te lo resumo así en pocas frases: yo soy una mujer capaz de fijarme en los detalles más escondidos de todo lo que pasa alrededor, y tú, L, eres un hombre que siempre busca el porqué a todo, aunque, en fin, muchas veces no haya ni por qué ni leches. Por decirlo de otro modo: yo rastreo pistas con una capacidad de análisis que te mueres, y tú tienes ese toque hipotético-deductivo tan... raro. ¿Estás de acuerdo hasta ahora, o no?

- Eeeehhhh... -respondí, intentando adivinar hacia dónde exactamente se dirigía su discurso-, ¿no me digas que, al final, vamos a tener que ponernos unos calzoncillos por encima del pijama para convertirnos en

«*Colmillona y Pinchacuellos*», los superhéroes de la noche malagueña? Hacía tiempo que no los nombrabas. En fin, tú hace un ratito has venido casi lista, solo te faltaba el pijama debajo.

- Ja, ja, ja. Me parto el culo -dijo ella, con rostro circunspecto-. Te estoy hablando en serio, L.

- Vale, vale, no te vuelvas a enfadar -era casi una súplica-. Sí, somos un equipo de puta madre... ¿para qué, en concreto?

- Para montar una agencia de investigación -concluyó, chasqueando los dedos.

- ¿Qué? ¿Te refieres a...? -exclamé, asombrado- ¿Tú estás loca, o qué?

- Espera -me pidió-. Pon los puntos cuando te dé las íes, por favor. Ahora, simplemente, escucha, que te voy a decir algunas cosas para apoyar mi propuesta. Por ejemplo: nosotros podemos colarnos en los lugares más impensables, en los agujeros más imposibles, para buscar información. No te estoy diciendo algo nuevo, ¿no? Estamos hartos de hacerlo: hemos cambiado nuestras personalidades legales varias veces para no tener que movernos de Málaga y, hasta ahora, no nos ha ido mal. Ni la policía, ni la agencia tributaria, ni nadie se ha coscado de nada. Incluso, fíjate lo que te digo: imagínate esto. Supón que queremos darnos a conocer. Pues no hay nada más fácil: entramos volando de noche en un periódico,

cambiamos un anuncio de esos breves por el nuestro antes de que se imprima, y hale, ya tenemos publicidad gratuita. O incluso, si no hay más remedio, podemos pagarla, joder. En fin: somos casi invisibles en esta ciudad, y podemos dedicarnos, como decía el Quijote, a «*correr el mundo para desfacer agravios y enderezar entuertos*», algo que a ti siempre te ha parecido una gran idea, ¿eh? -sin duda, MC estaba mostrando nuevamente ser una maestra inigualable tocando la fibra sensible de forma tan manipuladora como efectiva- Aparte, me cago en la mar, yo estoy hasta el coño de mi trabajo, ¿tú no? Pero, en fin, eso no viene al caso. Lo que sí es importante, para empezar con buen pie, es saber qué tipos de clientes queremos. Y en esto, me parece, estamos también de acuerdo, ¿verdad? Gente sencilla, que dé lo que pueda; o, si no puede, tampoco pasa nada. Ya sabes: gente que necesite que le echen una mano. Bueno, de vez en cuando habrá que resolver algún asunto que nos dé algo más que un «*muchas gracias*» pelado, pero, así en general, podemos elegir casos de gente como nosotros: de las afueras de la vida. Al fin y al cabo, ¿qué nos importa el dinero? -terminó, encogiendo los hombros- Ahora sí, pon los puntos. ¿Qué te parece?

- Como negocio, MC, me parece una auténtica mierda -le respondí, rascándome la barbilla-. Como idea, tengo que reconocer que eres una auténtica cabrona, porque, en fin, viendo toda esta escena en su amplia extensión, no se puede separar tu aparición, en paños menores y en una postura involuntariamente, espero, provocativa durante

mi vuelta a la vida, de esta idea que acabas de soltarme, igual que esas alabanzas hacia mi capacidad de deducción, o esa romántica idea revolucionaria sobre nuestros pobres posibles clientes. Me parece, no sé si tengo razón, que has estado pensando, durante un tiempo, cómo manipularme para que te diga que sí y ya está, y para eso has utilizado todas tus artes. Esto no es cosa de un sueño de anoche, que te ha venido de repente. ¿Eh? ¿Es cierta mi deducción?

- ¡Venga ya! -protestó ella, sonriendo- ¿Sí, o no?

- Vamos a ver, MC. Si sabes que te voy a decir que sí, ¿para qué lías todo esto? -le pregunté, resoplando.

- Vale, me has pillado. Te lo aclaro -admitió, sonriendo de nuevo y encogiendo los hombros-. Aunque también te digo que lo de la cama no lo tenía pensado, en serio. Me ha salido así, yo qué sé: había acabado de dibujarlo todo en la cabeza y tenía tantas ganas de decírtelo, que ni de vestirme me he acordado, de verdad de la buena. Y lo de tu crisis de los cuarenta, haz el favor de vigilártelo, no me vayas a venir una tarde de estas a despertarme con un ramo de flores, qué asco, tú...

- Mire usted quién va a hablar de crisis de los cuarenta: la que quiere montar una agencia de investigación -atiné a responderle, con una abundancia nada despreciable de retranca.

- Vale. Ahí me has dado, en serio. No, no me lo esperaba. Muy bueno -reconoció, tendiéndome la mano, que acepté encantado-. En fin, que nos perdemos. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! ¿Para qué lío todo esto? Pues creo que por dos razones fundamentales, L: la primera, porque se me hace muy gracioso verte ahora mismo con ese careto de cabreo tan exagerado. La segunda, porque así te muestro que, efectivamente, nuestra agencia de investigación tiene muchas probabilidades de funcionar como un reloj: al fin y al cabo, tú, que eres el menos perito de los dos en las lides detectivescas -esto lo dijo recalcando cada palabra, como si realmente estuviera intentando resolver su primer caso-, acabas de acertar casi punto por punto cada paso de mi maquiavélico plan.

- ¿En serio? -me lamenté- Ya lo ves: soy tan tonto que ni siquiera he aprovechado para pillar cacho.

- Vamos, L -me dijo entonces, guiñándome un ojo y poniéndome las manos en los hombros-: llevamos más de veinte años viviendo juntos. Has tenido toooodas las oportunidades del mundo para meterme mano. Y sabes que el guantazo que te hubieras llevado en la primera de ellas habría bastado para evitar todas las demás, porque tendrías que recoger los dientes y las muelas de uno en uno, desde aquí hasta el río Guadalmedina. Lo cual no quita que seas un caballero y un buen amigo y, por tanto, no haya tenido que pasar ni lo uno ni lo otro.

- Lo dicho, quilla -le reconocí-: eres más cabrona que el que inventó el despertador. ¿Y cómo nos vamos a llamar? ¿«*Mortadela y Filemón, agencia de información*»?

- Me parto el pecho contigo, en serio -dijo, esta vez con media sonrisa sincera-. Yo había pensado en otro título que seguramente te va a gustar más. Vamos, que no tienes escapatoria.

- Hay que ser hijaputa, ¿eh? -le seguí reconociendo- Joder, MC, nos podíamos haber casado hace tiempo. De hecho, cumplimos a la perfección una de las máximas de un matrimonio feliz: soy un auténtico calzonazos.

- Pero, cariño, nuestra relación es mucho más productiva así -se rió ella, guiñándome nuevamente un ojo-. Ya fuera de tonterías: si te parece bien, nos llamaremos «*El Cuervo*». En honor al abuelo Edgar Allan Poe.

- «*Si una mujer te pide que te tires por un tajo, pídele a Dios que sea bajo*» -recité, recordando una noche, veintidós años atrás, junto al ya extinto campo de fútbol del Seminario de Málaga, en la que aquella misma señora me obligó a saltar por un despeñadero con el gentil propósito de enseñarme a volar cual gorrión-. Ya me lo decía mi abuelo. Poe, ¿no? Me habré leído toda su obra, no sé, más de diez veces. En fin, madame MC Auguste Dupin: encantado de ser su colaborador, amigo y, probablemente, el escritor de sus aventuras, como le pasaba al narrador de «*Los crímenes de la calle Morgue*».

Es más: ahora mismo me ha venido a la memoria una cualidad muy particular de aquel primer detective de la literatura y su socio, que nos viene como anillo al dedo. Monsieur Dupin y su amigo, mientras resolvían los casos, cerraban las contraventanas de día y salían solo de noche. ¿Serían vampiros también?

- ¿Qué? -MC me miró, rascándose una mejilla- Tratándose de Poe, pueden ser vampiros o, simplemente, gente raruna. En cualquiera de los dos casos, lo que ellos hacían por gusto, nosotros lo hacemos porque somos así, ¿eh?

- Totalmente. Si de frikismo se trata, entre monsieur Dupin y su acompañante, y madame Dupin y el suyo, aquí presente, no hay muchas diferencias.

- De hecho, se me acaban de ocurrir los nombres que podemos ponernos, porque, claro está, no vamos a ir con los nuestros de verdad así por delante.

- Te veo de un imaginativo impresionante, en serio -la animé, sinceramente sorprendido, ya que no es esta, sin duda, la cualidad más definitoria de su personalidad.

- No siempre vas a ser tú el que invente cosas chulas, ¿no? -me contestó ella, refunfuñando.

- Esta vez te lo he dicho en serio, MC. Venga, suéltalo.

- Ahí va. Yo seré Marie Dupin, y tú, Edgar García. Marie por Marie Roget, la que desaparece en el cuento,



Dupin por el detective, Edgar por Poe, y García, no sé, porque es gracioso. Edgar-Gar -dijo, seguido de una risotada.

- Me parece perfecto. Edgar García. Te lo has currado, sí señor. Perdona que te diga, pero eso tampoco creo que te lo hayas inventado ahora mismo -le aclaré-. Y lo de madame Marie Dupin, porque habrá que ponerte el título correcto, es un puntazo: Poe estaría, no te quepa duda, orgulloso -dije, sonriendo y pensando, de camino, que era muy buena idea que ella estuviera al frente de la agencia, porque, si las cosas iban mal y querían quemarnos vivos, yo sería, suponía, el segundo plato de la barbacoa-. En fin: adelante con «*El Cuervo*». Para mí será todo un placer. Y sí, yo también estoy ya harto de trabajar en la basura. Eso del funcionariado es un coñazo. Así que, ¡qué cojones! Vamos allá.

- ¡Gracias! No te puedes imaginar lo feliz que me haces -me contestó ella, dándome un achuchón que comenzó siendo cariñoso y acabó con un punto tal de efusividad que creí que me partía ambos brazos.

- No aprietes tanto, niña -susurré con cierta dificultad debido a la compresión del pecho-, se vaya a creer la gente, o yo mismo, que quieres algo conmigo.

- Eres un mierda, ¿lo sabías? -me dijo, apretando todavía más.

- Gracias. ¿Me dejas respirar? -le contesté, con un lánguido hálito de voz y la mejilla aplastada contra la suya.

- No te hace falta. Ni a mí tampoco -me contestó ella, sin soltar la presa.

- Vale. ¿Entonces me vas a dar ahora el muerdo? -le susurré, intentando hacerle cosquillas con los amoratados dedos en los riñones, que me pillaban a mano.

Incapaz de aguantar la risa, me soltó y me dio un empujón. Yo también me eché a reír, sin saber exactamente por qué, y así estuvimos, enzarzados en un profundo ataque de hilaridad, durante varios minutos. Acabado este, mientras se secaba las lágrimas, me propuso:

- Oye, ¿por qué no vemos *«Lo que hacemos en las sombras»*? -Era esta película un tremendamente surrealista falso documental sobre vampiros no apto para todos los públicos, pero con el que nos habíamos divertido mucho un año atrás en el cine.

- ¿Otra vez? -pregunté, extrañado, ya que MC no era una cinéfila de pro, aunque, como afirma el dicho, *«todo se pega, menos los bonito»*, y, aparte, había que reconocer que aquella sesión nos había sentado muy bien porque, en fin, habíamos pasado por una crisis que no viene a cuento- Por mí perfecto, ya sabes que me encanta.

- Venga, ponla, que voy a sacar una botellita de vino bueno, para celebrar la llegada de «*El Cuervo*» a nuestra casa. ¡Por el gran Poe, por Marie Dupin y Edgar García, y por muchos casos fáciles y entretenidos!

Así pues, entre pitos, flautas y chanzas de dos personas que se conocen de sobra, especialmente en sus puntos más débiles, y saben guardar el necesario equilibrio entre drama y comedia para que una amistad cien años dure y los cuerpos y almas la resistan, nos dispusimos a montar nuestra propia empresa de detectives, cuyo flamante título quedó tal como sigue:

## *El Cuervo.*

*Madame Marie Dupin y Cía. – Agencia de investigación.*

Naturalmente, para llegar a ver puesto este cartel en la pared, justo al lado de la puerta de nuestro piso alquilado, hubo que coser una incontable cantidad de madejas y, una vez lista esta, un no menor número de flecos sueltos. Imagino que describir el proceso que llevó desde aquella conversación hasta nuestro primer cliente es hartamente aburrido, además de innecesario; por tanto, no lo haré. Resumiré, eso sí, en varios trazos generales lo más

significativo, que afecta, naturalmente, al contenido de la narración.

- En primer lugar, hubo que adaptar el salón del piso para que se pareciera en algo a un despacho serio. Esto fue lo más complicado, porque, si bien un vampiro no necesita una cantidad ingente de arceles de cara a la supervivencia, MC es una mujer de pocos pero estilizados complementos, tema en el que yo, por mi ausente capacidad de apreciación, por ejemplo, de la múltiple y variada belleza de las tonterías que pueblan cualquier mueble bar, nunca me he metido, ineptitud que me ha valido más de un encontronazo con mi compañera de piso en alguna de esas ocasiones en que, después de llegar a casa y llevar un buen rato tumbado en el sofá leyendo algo, llega ella con la incómoda pregunta «¿No te has dado cuenta de nada nuevo?», seguida de una respuesta por mi parte, a puro boleo, que, por supuesto, no tiene nada que ver con el detallito que, con esmero, ha sido colocado en un lugar al que mi mirada no había arribado.
- Así pues, contando el piso en el que habitábamos entonces con una entradilla, una cocina que hacía las veces de comedor, el salón, dos dormitorios, un cuarto de baño a compartir (nótese la dificultad inherente a esta última palabra) y una habitación para trastos variados, nos vimos privados de lugar de

esparcimiento amplio, y tuvimos que recomponer la cocina para convertirla en un *totum revolutum*. Naturalmente, estos significativos cambios no gustaron nada al dueño del local, un tipo barrigón y calvo que solía venir a cobrar la mensualidad rascándose sus partes pudendas, y que, sin embargo, se vio obligado a aceptar porque, en realidad, era difícil encontrar por aquel barrio inquilinos con la discreción, el sigilo y la fidelidad en el pago que habíamos mostrado nosotros hasta aquel momento.

- El segundo punto fue la conformación del personal de la propia agencia de investigación. Esto nos llevó mucho menos tiempo, ya que desde el inicio había quedado claro que era MC, a la que llamaremos Marie Dupin cada vez que nos refiramos a «*El Cuervo*», el punto de inicio y la jefa del asunto, y yo, Edgar García, el complemento, es decir, el ayudante, tipo de los recados y organizador de las memorias. Ni que decir tiene que acepté encantado, dado que nunca me ha gustado cargar con la responsabilidad directa de cosa alguna.
- En tercer lugar tenemos la difusión de la empresa. Esto, que puede parecer la parte más complicada debido a la falta de acoplamiento del proyecto a las leyes vigentes en aquellos momentos históricos o, en otras palabras, a su total y

absoluta ilegalidad, resultó, sin embargo, muy sencillo. Teníamos una larga experiencia en la elaboración de identidades falsas o inserción ilegal en empleos con un supuesto estricto control de personal, este siempre teórico. Con una serie de visitas nocturnas a los principales periódicos de la ciudad para cambiar determinados anuncios en la sección correspondiente, sustituyéndolos por el de nuestra todavía embrionaria empresa noctámbula, estuvimos seguros de que se comenzaría a correr la voz de la existencia de unos detectives especializados en casos difíciles y en personas desesperadas. Y la parte legal, una vez descubiertas las muchas y enormes grietas del sistema democrático que sufríamos en nuestra tierra, Andalucía, gracias a un gobierno corrupto que se mantenía en el poder, cual dictadura que ya ni sabía su signo, desde hacía más de tres décadas, consistió simplemente en usar los agujeros en nuestro provecho para alcanzar una pseudo-legalidad perfectamente cómoda.

- Por último, la reforma del salón, que es, por otra parte, el lugar donde transcurrirá la mayor parte de nuestro siguiente capítulo, dejó la estancia de esta guisa: entrada a la izquierda de la puerta del piso, a través de una corredera de aglomerado de madera bufada en su esquina inferior derecha, razón por la cual nunca abría del todo; estantería

ocupando toda la pared diestra con una serie de libros colocados simplemente por rellenar, como una enciclopedia antigua e inservible, una colección de literatura infantil y juvenil, una serie de manuales científicos sobre dentaduras o varios vetustos coleccionables acerca de la naturaleza salvaje y el universo dinámico; dos amplias ventanas al frente, mesa de despacho delante de ellas, a juego con una silla de oficina para la detective Dupin en la parte de allá y otras tres para los posibles clientes, en la de acá, y una mesa más pequeña junto a la pared izquierda, también con su silla de oficina, desde donde tomaba nota de todo lo ocurrido el detective asociado García, junto al archivador, aún vacío, en el que se irían guardando los futuros casos. Todo esto que he enumerado era de una calidad ikeana, es decir, que venía desarmado, tardamos en montarlo un tiempo precioso, quedó simplemente digno, y duró las temporadas suficientes hasta que decidimos cambiar la residencia. En cuanto a la decoración, en la que ninguno de los dos pusimos un empeño extraordinario porque, en fin, aquello era un lugar para trabajar, no para disfrutar de paisajes celestiales, consistía en varios cuadros chinos más feos que escupirle a un oso panda, un paragüero, una maceta de plástico realmente resultona y un perchero con forma de árbol burtoniano. Eso sí: en mitad de la pared entre las dos ventanas, a un lado de la mesa de despacho,

colgaba un cuadro enorme con el diploma que nos acreditaba para realizar nuestra labor, más falso que las promesas de un candidato a presidente del gobierno, pero que daba el pego por más que viniese a examinarlo el mismísimo ministro de Hacienda.

Este fue, pues, el escenario de la insólita visita que viene justo a continuación, que provocó el todavía más insólito cúmulo de situaciones que, sumado a la falta de pericia y la sobra de olfato detectivesco de, sobre todo, madame Marie Dupin, nos conducirá irremisiblemente a la conclusión.



## *El cliente.*

Llegamos así, sin más dilación, a la comparecencia del primer cliente que se presentó en nuestro cómodo, a la par que simple, despacho. Naturalmente, estamos hablando del primero que llegó en el tiempo oportuno, es decir, después de la puesta de sol; si alguien asomó el hocico a otras horas, dio con él contra la puerta cerrada a cal y canto. Así es la vida, o, para afinar más, así es el vampirismo cuando uno cumple cierta edad y vuela la juventud, no físicamente, ya que, lo recuerdo una vez más, no cumplimos, corporalmente hablando, más de veinticinco años si hemos sido mordidos antes de ese tiempo, sino en lo espiritual, donde las estaciones pesan lo mismo que las que pueblan de canas y arrugas el rostro y el alma de la humanidad corriente y moliente. Resumiendo: actualmente somos unos abueletes centenarios encerrados en el cuerpo de unos jovencitos con sed de sangre, y en el tiempo de esta aventura sonreíamos al ver los hijos de padres de nuestra edad, hijos que, por desgracia, nunca tendremos.

Aquel anochecer de mayo de 2018 hacía más frío que pelando castañas en noviembre en Igualeja en calzoncillos, así que volvimos a sacar del armario nuestra

oscura ropa de invierno para disponernos a lamerle el cuello a alguna jugosa persona, siempre, como he recordado otras muchas veces, procurando no hacerle más daño del necesario y, sobre todo, no darle a beber del humor propio, que en Málaga con dos vampiros tenemos de sobra. Entonces fue cuando sonó el timbre.

- Mierda. Al carajo la cena -me quejé, lamiéndome los colmillos y colocándome con premura el pantalón y la camisa.

- Míralo por el lado bueno. Lo mismo es un pringado que quiere nuestros servicios. Llevamos ya un par de semanas esperando. Un caso sencillito nos vendría bien, ¿eh? -sugirió, de manera reconfortante, MC asomando la cabeza al pasillo- Así que haz el favor de ir y abrir, a ver qué nos encontramos. Si es el del Ocaso me lo dejas a mí, que tengo hambre. Pero -y aspiró profundamente- el olor de su sangre no me suena, no, así que debe ser otro.

Asintiendo, me dirigí a la puerta y abrí. Ante mí apareció la figura de un joven de melena corta, barba rala, ojos hundidos rodeados de preocupadas bolsas oscuras y respiración nerviosa. Supuse, sin tener que acudir a esfuerzos deductivos monumentales, que venía acompañado de un saco de ansiedad considerable. Sus primeras palabras me lo confirmaron.

- Buenas noches. Agencia de investigación «*El Cuervo*», ¿no? ¿Pueden atenderme? -preguntó,

sorprendido ante mi imagen, despeinada, somnolienta y bostezante.

- Perdón -repuse, tras el bostezo-. Sí, sí, claro. Pase usted -lo invité, abriendo la puerta de entrada, corriendo la del despacho, e indicándole la estancia-. ¡Marie, nos buscan!

Marie Dupin, oído avizor, se había entretanto atusado el cabello, lavado la cara, quitado el pijama, puesto ropa de trabajo y sentado en la silla giratoria tras la mesa *Klimpenjâsen*, nombre realmente absurdo que acabo de inventarme, similar, no obstante, a los que entonces estaban de moda en aquel descomunal centro comercial del «*hágase el mueble usted mismo*» donde habíamos adquirido los enseres de la agencia.

- ¡Adelante! ¡Estoy en el despacho, Edgar! -exclamó, con alegría contenida.

Así pues, nuestro primer cliente atravesó la estancia y se sentó en una de las tres sillas, concretamente la de en medio, frente a la mesa de Marie, acto que ambos miramos con inusual ilusión, puesto que era la primera vez que nos ocurría. Yo me aposenté en mi rinconcito de escribano.

- Bienvenido a «*El Cuervo*». Yo soy Marie Dupin, y mi ayudante es Edgar García. ¿Qué podemos hacer por usted? -preguntó Marie, mientras conectaba el ordenador

portátil. Yo hice lo propio con el de sobremesa que había en la mesa auxiliar.

- Estoy desesperado. La verdad es que... -comenzó a decir el joven, atropelladamente.

- Tranquilo. Puede empezar por decirnos su nombre, si no le importa -lo cortó, con una sonrisa en la cara, Marie.

- Ah, sí. Perdón. Es que estoy muy nervioso -se excusó el cliente.

- No tiene por qué estarlo. No vamos a comérmelo, ni a chuparle la sangre -bromeó Marie. Yo inicié una carcajada que procuré cortar al instante, porque no era momento de chistes que solo podíamos comprender nosotros, ni de risotadas extendidas. El joven me miró con preocupación.

- Ya. Sí, claro. Yo, es que... ¿No sois demasiado jóvenes para ser detectives? -preguntó.

- No se fie de las apariencias -le recomendó Marie, ordenando unos folios cualesquiera que tenía sobre la mesa-. Tenemos muy amplia experiencia en el campo de la investigación, aunque nuestra agencia y nuestros rostros puedan resultarle algo bisoños -dijo, con una parsimonia digna de elogio.

- No, perdone, yo... No quería decir eso -se disculpó el joven-. Está bien así. Me llamo Javier. Javier Sánchez Cuadrado.

- Perfecto. Apunta, Edgar -me señaló Marie.

- Le abro ficha. No se preocupe: los datos que tomamos son absolutamente privados -informé, mientras tecleaba-. ¿Número de teléfono, dirección de correo electrónico, dirección real? - Javier aportó la información necesaria, irrelevante en este momento para usted como lector, pues el otrora joven lleva ya, casi con toda seguridad, muchos años criando malvas.

- ¿Y exactamente su preocupación es...? -lo invitó a exponer su caso Marie.

- Verás, muchacha... -comenzó el joven Javier.

- Detective Dupin, si no le importa -le corrigió Marie.

- Ah. Oh, sí, yo... -balbuceó Javier, molesto y sin dejar de mirar, con las cejas enarcadas, el jovial rostro de Marie- Vale. Detective Dupin: alguien me sigue. No sé quién es, pero estoy casi seguro. ¡Me siguen! Me siento... Bueno, no es que me sienta, sino que estoy convencido, ¿sabe? Creo que me están persiguiendo. Estoy casi seguro. Es como...

- Como si, dondequiera que vaya, hubiera alguien en una esquina, detrás de una farola, en un portal, que parece distraído, pero que tiene una postura muy curiosa y procura disimular cuando usted pasa a su lado. ¿Es así? -le preguntó Marie.

- Eso... ¡Eso es! -asintió Javier- No sé, realmente no podría describirle su cara, o su ropa, y no sé si es uno, o una, o si son más... Pero cada vez estoy más nervioso, ¿sabe? Empiezo a temer por mi vida...

- ¿Empieza a temer por su vida? ¿Tan grave es la cosa? -preguntó, con los puños bajo la barbilla, Marie.

- Por ir eliminando opciones -interrumpí en aquel momento, pensando que probablemente nos hubiera tocado un paranoico con manía persecutoria-: ¿sospecha usted, no sé, de algún compañero o compañera de trabajo, de algún marido despechado porque usted se acuesta con su mujer, de alguna sociedad oscura con la que usted, por error o a conciencia, haya tenido trato?

- ¡Oye, tú! ¿Qué estás diciendo? -exclamó Javier, comprensiblemente airado, levantándose de la silla como un resorte- ¡Tengo novia, ya tenemos la boda puesta, el año que viene nos casamos por la Iglesia! ¡Y no, no tengo ningún negocio con ninguna mafia!

- Detective García, si le da igual, caballero -corregí, con paciencia-. Tiene novia, y están preparando la boda. Eso son dos datos muy interesantes. Lo apunto. Entonces, veamos: no estamos ante un problema de cuernos, ni ante un detective que lo esté siguiendo por un caso de divorcio, ni ante una situación de tráfico de drogas o trato de otro tipo con la mafia. ¿Ve? Ya hemos podido cerrar un poco el abanico.

- ¡Pero esas no son formas de...! -siguió protestando el mozo.

- Mire usted, Javier -le interrumpió Marie-. Nosotros no lo hemos llamado, sino que ha venido usted hasta nosotros, ¿verdad? Así que, si no le gustan mis formas, o las de mi ayudante, puede coger la puerta y largarse. Y ahora, si se sienta, podemos seguir.

Javier se sentó, cruzando los brazos y resoplando, signo de que no estaba del todo de acuerdo con lo que le acababa de decir Marie. Esta, por su parte, retomó la conversación.

- Entonces, estábamos en el punto de las posibles razones para que lo estén, siempre supuestamente, siguiendo. Seguro que podemos descartar también problemas con Hacienda, o deudas con asociaciones no propiamente mafiosas que, sin embargo, se mueven en el amplio campo del dinero negro, ¿no?

- No, por supuesto que no -recalcó Javier, resoplando.

- ¿No? -Marie puso un dedo índice encima del tablero- ¿No podemos descartarlo?

- ¡No, no tengo nada de eso! -corrigió Javier.

- Luego... digamos que por razones desconocidas o, al menos, nada claras para nosotros -resumí, mirando la pantalla de mi ordenador, muy serio-, usted afirma que lo están persiguiendo, y siente amenazada su vida, aunque

tampoco puede concretar quién es el que lo acosa, ni por qué, ni siquiera si lo ha visto o más bien imaginado. Es, digámoslo así, una sensación. Sabrá usted que, con estas pistas tan... generales, por llamarlas de alguna manera, su caso puede llegar a resultar poco serio, ¿verdad?

- ¿Qué? -preguntó el joven, incrédulo.

- Que si, como parece, aceptamos su caso, probablemente tengamos que seguirlo durante un tiempo sin que usted mismo se dé cuenta, o tratar de averiguar, con técnicas poco comunes, la identidad y razones de sus rastreadores -añadió Marie a toda prisa, haciendo un sorprendente y, la verdad, inesperado quiebro en el discurso, mientras yo separaba mi vista de la pantalla que tenía enfrente y la fijaba en ella, que, con una de esas sonrisas nerviosas que prácticamente solo yo, tras tanto tiempo, sé reconocer, cerraba de repente la de su portátil y colocaba las manos abiertas encima-. ¿Está usted dispuesto?

- Claro que sí. A lo que sea. Siempre que sirva para encontrar a los que están haciendo esto, claro -contestó Javier, también sorprendido.

- Y, digo yo -añadí, por añadir algo, porque me encontraba de repente más perdido que una rueda en una convención de coches voladores-, ¿seguro que su novia, de nombre desconocido, no tendrá nada que ver?



- Es suficiente -terminó Marie, mirándome con los ojos muy abiertos-. Aceptamos el caso. El total, siempre que todo vaya bien, son cuatrocientos euros, que supongo no tendrá ningún problema en pagar, ¿no es así?

- Me parece bien -asintió-. Si ustedes hacen su trabajo, pagaré con gusto.

- Trato hecho -dijo Marie, ofreciéndole la mano-. Debe dejar aquí la mitad, doscientos euros, ahora, y lo demás se le cobrará cuando hayamos resuelto el caso. Quédese con nuestra tarjeta comercial, por favor. Si tiene cualquier problema, no dude en llamarnos. Por ahora, le aconsejo que no duerma en su casa, y que, no sé, alquile una habitación en cualquier hostalucho de mala muerte, a ser posible en un barrio diferente al suyo. Ni siquiera recoja ropa: lo pueden estar esperando. Personalmente le aconsejo que, por ahora, no llame a su novia, o, si no puede aguantar, invéntese algo para que no se preocupe. Eso sí: no la meta en esto, se lo digo en serio. Sobre todo, no trate de hacerse el héroe, porque el cementerio está lleno de gilipollas así. Si no hay novedades, dentro de poco, quizás mañana mismo, nos pondremos en contacto con usted, siempre en el horario que establece nuestra agencia: desde el anochecer al amanecer.

- Gra... gracias -tartamudeó Javier, cogiendo una tarjeta, aceptando la mano que le ofrecía Marie, dándome el dinero estipulado, recibiendo luego la factura correspondiente y saliendo, casi a escape, del despacho.

Yo, por mi parte, crucé los brazos, giré la silla hasta dejarla en dirección a mi socia y, con cara de no haber comprendido un pimiento de lo último que había pasado entre ella y el recién llegado, esperé una explicación medianamente lógica.

## *El lugar de los hechos.*

Así pues, habíamos aceptado nuestro primer caso, habían llegado al cajón nuestros primeros doscientos euros, siempre en negro, a pesar de la factura, y teníamos las primeras pistas de nuestra pesquisa, muy leves a mi entender, sin que yo, desde luego, tuviera ni puta idea de las razones que habían llevado a MC a actuar de la forma que mis ojos habían contemplado en los últimos minutos. Ella, mientras tanto, había vuelto a levantar la pantalla del ordenador y tecleaba furiosamente.

- Está bien -dije, después de haber escuchado el portazo de salida del cliente-. ¿Qué yuyu te ha dado? ¿Con esta porquería de información vamos a ponernos a buscar... qué?

- Calla y mira esto. Vale: yo pensaba también que el niño este estaba más colgado que una percha, pero mira lo que acaba de aparecer aquí delante, y después me dices si no he hecho bien cortando la conversación y dejando que se vaya. Este caso tiene una manada de gatos encerrados y amarrados por la cola, tú -me respondió MC, señalándome la pantalla del portátil.

Sin más, me levanté y fui a echarle un ojo a la presumible filosofal piedra que había conducido a tan inesperada resolución por su parte. La noticia que leí, de parte de una de las agencias que habíamos, naturalmente, pirateado para estar a la última informativamente hablando, me dejó con la mandíbula torcida.

«La violencia machista se cobra otra presunta víctima.

» Según informaciones no oficiales, pero fidedignas, se ha producido un nuevo asesinato por violencia de género en una habitación del Hotel Solymar de C/ Ayala. La víctima, Raquel Rodríguez Blanco, parece haber sido agredida, no se sabe con seguridad si también sexualmente, y estrangulada en un ataque que, según algunos testigos, produjo gritos, golpes y una persecución a lo largo de la habitación y, esto aún no ha sido confirmado, del pasillo del hotel. Estos mismos testigos no se ponen de acuerdo respecto a la identidad o el número de los agresores: algunos dicen haber visto entrar a un joven en la habitación, otros declaran que fueron dos, y otros afirman que varios. En cualquier caso, según fuentes policiales se busca a su marido, José Alfredo Sánchez Cuadrado, como principal sospechoso...».

- Y ahora, fíjate en esto -me siguió diciendo, cuando terminé de leer aquello-. Facebook es una mierda genial.

Facebook fue una de las primeras redes sociales de la historia, cuyo funcionamiento no le voy a explicar ahora, porque puede encontrarlo fácilmente en cualquier base de datos añejos. De todas formas, las cosas no han cambiado de forma drástica en este tema, así que si le digo que delante de mis ojos tenía el perfil del tal José Alfredo, y que entre los primeros avatares de sus amigos estaba el de nuestro cliente, Javier Sánchez Cuadrado, sabrá a lo que me refiero. La deducción era clara, y no ofrecía muchas dudas.

- ¡No me jodas! -exclamé, dándome una palmada en la frente- ¿Su hermano? ¿Pero qué cojones...? ¿Cómo has dado con...?

- Ni me lo he pensado, tú. En cuanto he visto saltar la noticia en la pantalla del portátil -dijo, dando una palmada en el aire-, se me ha venido a la cabeza la relación, y ya está.

- ¿Y esto qué significa? -pregunté, rascándome la cabeza, pero sin encontrar nada entre la cabellera.

- No tengo ni pajolera idea, la verdad -respondió MC, encogiendo los hombros-. Pero ha sido salir el titular, ver quién era el presunto asesino, y no he tenido más remedio que aceptar el caso. Perdona que no te haya

dicho nada, pero lo he visto clarísimo. Porque, desde luego, no puede ser coincidencia que, mientras está aquí un joven hablando, con muy poca capacidad de convencer, dicho sea todo, de que lo persiguen y se siente amenazado, y con una pinta de acojonado que me hacía ver que tenía que haber algo de verdad en el tema, o que estaba como un cencerro, que también podía ser, resulta que asesinan a su cuñada y su hermano se convierte en sospechoso.

- Pero vamos a ver, MC -yo seguía rascándome, intentando en vano buscar un hilo que uniera aquella estrambótica carambola-. ¿Qué tiene que ver que su hermano se haya vuelto majara y haya matado a su mujer, con que persigan a Javier unos desconocidos que no sabemos ni cómo son, ni cuántos, ni por qué?

- No lo sé, L -me respondió MC, de nuevo-. Lo mismo no tiene que ver nada, Javier está como una puñetera cabra y su hermano le ha retorcido el gaznate a su esposa porque, psé, se le ha ido la pinza. Pero a mí eso de que algunos testigos digan que en la habitación estuvo uno, otros digan que varios, otros que dos... No sé, me huele a que por allí pasaron en realidad más de dos. Y, como tú mismo has dicho, Javier no sabe si lo persigue uno, o varios, ni cómo son, ni nada. Demasiado parecido, ¿no? Además: si te fijas bien, una mujer casada en la habitación de un hotel es, no sé, raro, ¿no?

- Joder, MC: si eso lo empiezo a decir yo, tu dedo acusador me estaría apuntando con la palabra “machista

de mierda” escrita en la punta con tinta roja -repuse, con una sonrisa-. Aunque estoy de acuerdo con tu hipótesis: una mujer casada en la habitación de un hotel en la que, según algunos testigos, entran varios hombres, no es común. A no ser que tuviera una reunión de trabajo, o que quedara allí con su marido, porque parece que el marido estuvo y por eso es sospechoso, claro. En fin, que va allí con su marido para... ¿qué? ¿A qué matrimonio se le va a ocurrir irse a una habitación de un hotel de su misma ciudad a echar un polvete, si según el Facebook parece que no tienen ni hijos que les molesten en su casa? Qué tontería, ¿no? Aunque hay gente para todo, yo qué sé.

- Eres un cielo -me respondió MC, irónicamente, por supuesto, pasándome la palma de la mano por la mejilla y dándome luego un buen pellizco-. Total, no adelantemos ideas antes de ver el lugar de los hechos. Aquí mi plan: hay que ir a la habitación del hotel, dentro de un ratito, cuando la poli se haya largado de la escena del crimen, para ver si averiguamos algo. Y aliquindoi, porque la historia puede ser de lo más surrealista, y nuestro agobiado Javier puede estar implicado. Quién sabe.

- Vale. ¿Y no habría que buscar a José Alfredo? No sé, para dar con él antes de que lo pille la poli -sugerí, con poca seguridad.

- Qué va. ¿Para qué lo queremos? Hay que rebuscar en el piso antes de que los olores y las pistas se pierdan. Es una de nuestras armas más poderosas: hay cosas que

solamente son capaces de sentir estas naricillas -aseguró, tocándose la suya-. Además, tengo hambre, un cosquilleo por las venas que no veas tú.

- Yo también, la verdad -asentí, agarrándome el cuello y sintiendo que aquella barahúnda repentina me había abierto el apetito vorazmente.

- Pues entonces ya está. Nos ponemos algo para pasar desapercibidos, mordemos un cuello por ahí, y hale, a fisgar.

Y así, sin más, nos preparamos para la acción. Lo de ponerse algo para pasar desapercibidos no era, naturalmente, demasiado difícil por mi parte, ya que todo mi vestuario había ido tomando, con el tiempo, un tono entre gris oscurísimo y puro negro. Siempre me había gustado ese color, así que no era de extrañar que, ya que también forma parte del vestuario de la tradición vampírica, esta se convirtiera en la excusa perfecta. Además, al contrario de mi amiga de colmillos largos, siempre he sido un auténtico desastre para la ropa, y no hay solución mejor para gente desaliñada que no tener que elegir: vaqueros, camiseta, camisa y polar zaínos. Por contra, MC siempre ha sido más selectiva, por lo que, para la ocasión, eligió un top de cuero rojo, pantalón negro con más apretura que los tornillos de la estructura de un batiscafo, una de esas gabardinas amplias del mismo tono, guantes, botas altas y gorro a juego.



- Para pasar desapercibidos. Vale -exclamé cuando salió del baño, después de un largo silbido.

- Vete al carajo -me respondió.

- No te va a ser difícil conseguir alguien que te quiera morder el cuello, desde luego -seguí ironizando.

- Venga, vámonos. Si algún día quiero pedirte opinión sobre mi ropa -me advirtió-, es que tendré una depresión de las gordas. Menos mal que a ti hoy no te ha dado por salir con el pijama.

- Si quieres, podemos estar así toda la noche, a ver quién la suelta más fina. Ya sabes que tengo aguante - repuse, mientras ella, sin escuchar, abría la ventana y salía a escape-. Pues no, ha terminado la discusión con el método del mutis por el foro. Si es que hay que quererla, a la cabrona...

- ¡Te he escuchado! -me espetó desde mitad del cielo.

- ¡Ya sé que me has escuchado! -le grité, aún desde dentro de la habitación.

- ¡Nos vemos en media hora, en la calle trasera del hotel! ¡Mueve el culo! -terminó, mientras desaparecía de mi mapa de visión.

En poco más de media hora, y tras un buen bocado, cosa que cada vez era más difícil encontrar por la manía

que, en aquella época, había entrado con las guarradas veganas y otras estupideces variadas que algunos años más tarde se mostraron como lo que eran, vomitivos desperdicios de una sociedad decadente, nos vimos justo donde habíamos quedado. Es menester reconocer aquí, sin embargo, que en aquella ocasión la búsqueda dio resultados positivos con rapidez, y la sangre de la joven que elegí resultó exquisita al paladar; de hecho, tuve que contenerme para no seguir adelante metiendo mano cual Drácula con Lucy en el jardín trasero de su maravillosa mansión, porque, además de los frenos morales propios, que soy vampiro pero muy honrado, la verdad es que el tiempo no daba para más. El problema gordo, en realidad, fue encontrar el hotel una vez apurado el néctar de su garganta, pues mi orientación se asemeja, en general, a la de un murciélago sordo. Con algo de retraso, por tanto, respecto al horario previsto encontré, por fin, la calle y el hotel. Había un coche de policía en la puerta principal, supongo que, como siempre, para ofrecer una irreal sensación de seguridad en una situación como la que se había sufrido por allí horas antes. Todo parecía estar tranquilo y, supuse, la habitación de los hechos se encontraría libre de presencias ajenas.

- Tardón -me saludó MC cuando aterricé junto a ella, en la calle de atrás-. ¿Has visto? Por eso llevo yo un jersey de este color. Te has manchado -me advirtió, señalándome la camiseta negra.

- Como si me importara, o como si se viera mucho - respondí, con indiferencia-. En fin, si volvemos al juego de meternos el uno con el otro, te diré que llamar jersey a esa cosita colorada es un atrevimiento.

- Todavía se te nota que ibas para cura hasta que te convertiste en esto, ¿sabes? -me susurró al oído-. En serio. Pareces mi madre cuando yo tenía quince años. Si quieres me lo quito.

- Touché -admití, decidiendo, naturalmente, no tentar a la suerte, porque estas conversaciones solían terminar con ella haciéndome dar una vuelta de campana, de un guantazo. Así que, encogiendo los hombros y elevando mis ojos desde su top hacia sus ojos, sonreí, la miré con cara de circunstancias y procuré borrar de mi mente la imagen de mi asentimiento a su proposición y la dolorosa probable consecuencia, que incluía mis piños encajados en el cauce del Guadalmedina. Ella me sostuvo la mirada, sonrió a su vez, y luego ambos alzamos el vuelo y buscamos una entrada al edificio en cuestión a través de alguna ventana abierta. Dio la casualidad de que justo la del dormitorio de la habitación de marras, mire usted por dónde, tenía el paso libre, a pesar de estar cerrada a cal y canto, porque el cristal se encontraba roto casi por completo. Naturalmente, supongo que para evitar que gente como nosotros se colara, o que algún policía desesperado saltara en sentido contrario, habían colocado dos tiras de plástico bicolors en forma de equis en el lugar que debía ocupar el vidrio, así que, empujándolas con los guantes que ella ya llevaba y yo me acababa de

colocar, para evitar dejar esas siempre molestas huellas en el lugar del crimen que pueden acabar con cualquiera en la trena, nos abrimos paso hacia el interior, que mostraba un cuidadoso desorden.

- Tenemos que tener cuidado de no mover nada de su sitio -recomendé, particularmente a mí mismo.

- Lo dirás por ti -replicó ella, averiguando mi pensamiento.

- Lo has clavado -asentí.

- Ve tú al servicio -me señaló-. Yo miro por la habitación y dentro del armario.

Abrí con cuidado la puerta del váter, que rechinó moleestamente, y floté parsimoniosamente hacia el fondo, donde se encontraba la ducha.

- Joder, el matrimonio no se andaba con hoteluchos de mala muerte, no. Pedazo de bañerón -musité, viendo la amplitud de aquella medio piscina con lo que supuse se trataría, si bien no había visto ninguno hasta entonces, de un sistema de hidromasaje. Olí, y al momento sentí algo extraño en medio de los diversos aromas de champús, geles y pijadas múltiples. Definitivamente, allí había habido varias personas en las últimas horas, pasándolo en grande. Sin embargo, aquel olorcillo...

- Ven aquí -dijo MC desde el salón- y dime si este aroma no te resulta...

- familiar -terminé su frase-. Pues va a ser que sí.

MC estaba frente al armario, con las piernas cruzadas en el aire y rascándose una oreja. Llegué, olí dentro y asentí.

- El mismo olor de la bañera. Que, por cierto, deberías verla. Una pasada. No sé. Pero me recuerda algo -le dije.

- Claro que te recuerda algo. Javier Sánchez Cuadrado. No olvido el olor de las venas de un tío así tan fácilmente -concretó ella.

- ¡No me jodas! ¿El cliente? ¿Ha estado aquí? ¿Él es el asesino? ¿Pero qué cojones...?

- Tranquilo, Sherlock. Él no es el asesino. No puede serlo. No tiene las pelotas suficientes para matar a nadie, a no ser en un arrebato de furia. Y te aseguro que aquí dentro, en el armario -terminó, inspirando y arrugando la nariz- hace un rato había un cuñado que olía a diarrea clara, a terror puro, pero no a furia. La furia debió llegar de fuera.



## *Los hechos del lugar.*

Volvimos cada uno a nuestro particular rastreo de posibles pistas invisibles para la policía. En los informes no se nombraba, al menos todavía, a Javier Sánchez Cuadrado, lo cual significaba que, o bien nuestro cliente había borrado perfectamente sus huellas, algo que no parecía demasiado probable, o las pesquisas no habían arrojado aún su nombre, opción que tenía más visos de acercarse a la realidad por el simple hecho, claro después de una segunda exploración del baño, de que allí habían quedado huellas a montones, a pesar de que algunos lugares concretos, como el lavabo o cierta zona de la pared, estuvieran limpios. Particularmente limpios. Como los chorros del oro. Sin embargo, la bañera de hidromasajes, por ejemplo, mostraba restos de lo más humano, a ojo de buen nospheratu, y no precisamente a causa del asesinato, que, de hecho, no había dejado gota alguna de sangre. «*Es lo que tienen los estrangulamientos*», pensé, usando la lógica más tonta.

- Perdona que te diga, pero si la poli no ha visto que Javierito ha estado ahí dentro con Raquel, de fiesta gorda, es que ha encontrado una huella mucho más clara y ha tirado de ella para poder cerrar el informe cuanto antes.

Porque aquí hay, podría jurarlo sin miedo, marcas de dedos de manos, de pies, de culo y de pilila por todas partes -dije, señalando el servicio, al cabo de un tiempo, encontrándome otra vez con MC, que había vuelto frente al armario- dentro del baño, menos en ciertos lugares muy concretos que, curiosamente, han sido limpiados con sumo cuidado. Podemos concluir, para empezar, que lo primero que pasó en esta habitación en el día de ayer fue que nuestro cliente vino con su cuñada y se revolcaron en general.

- Pues sí. Y luego llegó alguien, y el llorica hermanito pequeño se metió en el armario. Después habrá quien diga que estas cosas solo pasan en las pelis -susurró, riéndose, MC-. Utilicemos los datos que tenemos, y supongamos que llegó el hermano mayor, el marido. ¿Sabía algo de esto, es decir, sospechaba que alguien le estaba poniendo los cuernos? ¿Venía a pillar a su mujer? ¿Sabía que su hermano era el otro? ¿O quizás había quedado con Raquel aquí? Pero claro, ¿por qué iba a quedar con su señora en un hotel de la misma ciudad? ¿Qué pasa, la joven quedó con los dos hermanos, uno antes y otro después? No, me parece demasiado estrafalario. Partamos de lo más lógico: José Alfredo se ha enterado de los tejemanajes de su mujer, sabe que ha quedado en este hotel porque quizás se lo ha dicho alguien, no sabe quién es el otro, llega aquí, y su hermano, que era el otro, se acojona y se esconde en el armario. Parece cosa de chiste, si no fuera porque hay un fiambre de por medio...



- ¿Y el marido lía esta zapatista sin saber que su hermano está aquí dentro? -agregué, señalando el caos que parecía mostrar la estancia.

- Lo veo difícil. Este estropicio por la habitación no es algo que haya montado el cornudo. Por mucho que diga la policía -aseguró MC, dando una vuelta de campana y poniéndose al revés.

- En fin. Tú dirás lo que quieras, pero yo no comprendo qué ha pasado, ni poniéndome al revés -le respondí, imitando su cambio de perspectiva.

- Verás: ¿tú conoces a algún marido despechado que venga a ajustar las cuentas con su mujer, le pegue una paliza, la estrangule y, mientras hace todo eso, deje la habitación tan ordenadamente desordenada? Por ejemplo: la silla está tirada en una esquina, pero yo diría que alguien la ha colocado así aposta. Prueba a tirar una silla sin pensarlo, y te aseguro que no se queda así antes de cuatro o cinco intentos. La cama está deshecha, pero está muy bien deshecha: a ver, se nota que han subido la sábana y luego la han arrugado, pero solo por una parte. La ropa que traía la víctima, en fin, una muda por aquello de ponerse algo cuqui para el cuñadito que nos paga, está tirada aquí y allá, pero, sinceramente, yo diría que ha sido puesta ahí por alguien que está pensando con la mente fría, no un marido que llega, pilla a su mujer en paños menores, le grita, corre detrás de ella, según algunos hasta salir al pasillo para, supongamos, volver a meterla, la arrastra, ciego de ira la ahoga, y luego hace la cama, la

deshace por un lado, lava una parte del baño y se va sin haberle partido la cara al que acaba de tirarse a Raquel, es más, sin abrir siquiera el armario para saber si está ahí.

- Te sigo. Eso quiere decir que, según tú, José Alfredo no se encontró con Javier -deduje-. O sea: que José Alfredo llegó, gritó a su mujer, supongamos que esta salió al pasillo a pedir ayuda, o se quiso directamente largar, él la volvió a meter, seguramente le arreó, luego se dio cuenta de lo que había hecho y, avergonzado, se marchó. ¿Y la mató nuestro joven cliente, no sé, porque le jodió escuchar, desde dentro del armario, que su amante le decía al marido que él, "Javier", solo había sido un error, pronunciando, inconsciente de ella, su nombre?

- ¿Qué? No, no creo -negó MC con la cabeza, acompañando el gesto con un dedo-. Javier no ha matado a Raquel. De hecho, creo que Javier, cuando vino a vernos, no sabía que Raquel había muerto. Llegó nervioso, intranquilo, pero, si acababa de matar a su cuñada, estamos ante un criminal que le puede mear a la cara a Aníbal el Caníbal. Y yo diría que no tiene esa pinta. Aquí hay algo más.

- ¿Algo más? -pregunté, extrañado- ¿Me estás diciendo que...? Bueno, sí: me estás diciendo que aquí hubo alguien más, porque, si no la mataron ni José Alfredo ni Javier...

- Vamos a ver: si hueles bien -dijo MC, paseándose por encima de la cama y sorbiendo con fuerza por la nariz-,

aquí, además de la poli, que ha estado hace poco tiempo y solo lo suficiente para pillar pruebas y salir a escape, vamos, que ha dejado un rastro muy leve, hay otro más fuerte, distinto. Un saborcillo más... curioso, diría yo. O dos. Creo que son dos. Y eso me recuerda lo que han dicho algunos testigos: unos escucharon, seguramente desde su habitación, a José Alfredo discutiendo con Raquel, otros puede que vieran, de refilón, irse a Javier, y otros, que ya estarían atentos ante tanta feria, puede que se fijaran en estos dos últimos. Ahí está la clave.

- *Rewind* -propuse yo, que cada vez veía la cosa más complicada-: llegan Raquel y Javier. Se hartan de darle a las maracas, «*trararí trararí*» en la bañera de hidromasajes, «*trararí trararí*» en la cama, «*trararí trararí*» contra la pared, «*trararí trararí*» en el lavabo... Entonces asoma, seguramente de improviso, José Alfredo. A Javier le da tiempo de coger su ropa y esconderse en el armario. José Alfredo, después de, supongamos, pegar en la puerta con furia, entra, se encuentra a su señora en paños menores o con una ropa que no le mola, le arma una zapatista, discuten fuera, en el pasillo, y dentro de la habitación, y el marido se va más cabreado que un carnicero saliendo de una fiesta vegana. Justo cuando se ha ido José Alfredo, que probablemente le haya dado un hostión o dos a Raquel en la cara y le haya dejado una marca, o, no sé, se le haya caído la cartera durante el momento de furia, lo que después habrá llevado a la policía a tener claro quién era el principal sospechoso, sale el valiente Javier del armario, y ella, que está

desesperada por lo que acaba de pasar y sus consecuencias, le dice que se vaya, aunque él, un cobarde que no ha movido un músculo en los momentos anteriores, se quiere hacer el valiente y pretende consolarla o, en otras palabras, volver a tirársela. Al final, Javier sale corriendo, con su pizca de despecho y su saco de remordimiento, y cree ver, seguramente en las cercanías del edificio, a uno o dos tipos a los que ya había visto antes; después de pasarse por su casa y darse una ducha, porque cuando llegó a nuestro despacho no olía a macho cabrío tras encuentro amoroso, viene a vernos con un nivel de angustia alarmante. Mientras tanto, Raquel se cambia de ropa, hace su maleta con alguna lágrima de por medio, y entonces llegan los dos, según tú, extraños, entran porque, no sé, Javier ha dejado la puerta abierta, la persiguen, rompen el cristal de la ventana con su cabeza, la ahogan y, con paciencia y rapidez, borran las huellas de los lugares que han recorrido en el forcejeo, y dejan el dormitorio como la escena de un crimen pasional, con alguna señal apuntando claramente al marido cabreado.

- Dejando a un lado la literatura, eso es lo que creo que ha pasado -afirmó MC.

- Yo me voy a colocar otra vez boca arriba, porque se me ha subido la sangre, que no es ni mía, a la cabeza -le dije, poniéndome derecho y abandonando la postura cabezapie que habíamos mantenido hasta aquel momento.

- Buena idea -dijo MC, acompañando mi movimiento-. Total, que hay que descubrir quiénes son esos dos, llamémoslos así, matones; por qué vinieron a liquidar a Raquel; si en realidad la estaban siguiendo a ella y no a nuestro cliente, porque, por ejemplo, ella tenía problemas con gente chungu, o si es otra cosa diferente; qué hizo exactamente José Alfredo, y por qué la policía va detrás de él; y, por último, por qué carajo Javier nos ha mentado como si fuéramos gilipollas.

- Pues nada, ya tenemos trabajo. De todas formas -dije, señalando la ventana-, en principio, y no es por ser aguafiestas, hay que ir pensando en largarse para el piso, que va a amanecer, no me he traído gorra, y me molesta tela que me dé el sol en la cara. Todo eso habrá que hacerlo cuando anochezca.

- Pues sí -reconoció MC-. Yo creo que aquí no hay nada más que ver, así que vámonos. Para ser el primer figoneo de *«El Cuervo»*, no ha estado nada mal, ¿eh?

- Ya te digo. Anda, a dormir.



## *El Racimo.*

El despertar del siguiente atardecer fue muy parecido al que inició aquella locura de la agencia de investigación, con varias salvedades: MC estaba vestida, de pie, con los brazos cruzados, en la entrada de mi dormitorio, y su ceño se encontraba preocupantemente fruncido. Eso sí: de fondo sonaba «*The Blackout*», de U2, que daba un tono algo más épico a tan sombría escena. Sabiendo, pues, que algo no precisamente agradable había pasado antes de mi vuelta a la consciencia vital, me puse en pie de un salto y me coloqué los pantalones.

- ¿Por qué siempre te levantas tarde? -me preguntó.

- ¿Por qué me sigues haciendo esa pregunta, después de tantos años? Buena música, por cierto -le contesté. No tuvo más remedio que reírse, tras lo que, otra vez muy seria, me dijo:

- Tenemos problemas. Por lo menos dos. Han detenido a José Alfredo, el hermano cornudo, y he recibido una veintena de llamadas de Javier, el hermano del armario. Vale: anoche no me acordé de llevarme el móvil, y a la vuelta no me molesté en consultarlo. Pero monsieur C. Auguste Dupin tampoco lo hacía, ¿no? En fin, y

volviendo a nuestros problemas, si suponemos que las llamadas perdidas de Javier son a causa del sorprendente enchironamiento de José Alfredo, y cuando digo sorprendente no me refiero a que no estuviera claro que lo fueran a detener, sino a que normalmente las fuerzas del orden son más lentas que el caballo del malo de la película, podemos decir que tenemos un problema gordo. Gordísimo, porque me parece que él no ha sido el asesino.

- Vale. ¿Y qué hacemos? -pregunté, todavía sin ser capaz de elaborar una línea de pensamiento medianamente racional. En el equipo de música comenzó a sonar «*Black*», de Pearl Jam- Está la cosa negra, ¿eh?

- Ya te digo. Negrísima. En principio, lo que íbamos a hacer esta mañana. Aunque antes voy a llamar a Javier, a ver qué pasa. Y ya decidimos sobre la marcha -dijo, y seguidamente sacó el móvil del bolsillo del pantalón, marcó su número y esperó a que contestaran desde el otro lado, con el aparatito pegado a la oreja, como solía ser común en estos casos antes de la llegada de esos tipos de comunicación más modernos que usted bien conoce. La espera no fue larga, desde luego; al contrario, la respuesta llegó tan veloz que MC, tras un «*Buenas tardes, Javier*», me miró, abrió mucho la boca, tapó el micrófono y me susurró:

- Desesperado. Del todo.



Después siguió un primer momento de escucha, y una serie de contestaciones que, con sus más y sus menos, vinieron a ser las siguientes:

- ... Ya te lo dijimos, Javier... ... Escucha, sé que estás preocupado, pero aquí no se coge el teléfono desde la salida del sol hasta el ocaso, y eso estaba en el contrato... ... ¡Pues claro que sé eso, qué te crees! Por cierto, tenemos que comentarte... ... Que sí, que también sé lo que ha pasado hoy, no hace falta que me grites, ¿eh? ... ... Joder, pues eso no lo sabía, fíjate tú... ... ¿Que vas a hacer qué? No. No. ¡No! ... Pero te tienes que tranquilizar, hombre... ... Vale, no te preocupes. Respira, tranquilo... ... Mira, no deberíamos seguir hablando por el móvil, ¿sabes? ... Que sí, que te comprendo, pero te lo digo en serio: hablar por tu móvil no es seguro en estas circunstancias, así que espéranos en el semáforo frente al Corte Inglés, ¿vale? ... Que sí, ya vamos a cualquier sitio donde haya gente y hablamos. ... ¡No, no seas tonto, ni se te ocurra! Diez minutos. ... ¿Cómo? ... Vale. Cinco minutos. Hasta ahora -y colgó.

- ¿Y? -pregunté, abriendo las manos y encogiendo los hombros.

- Nos vamos -me contestó, mientras apagaba el aparato de sonido en el que estaba comenzando «*Black Mirror*», de Arcade Fire-. Te lo explico por el camino. Recuerda: tú eres Edgar, y yo Marie. Aunque si la cosa se pone fea, vamos a tener que llamar a «*Colmillona y Pinchacuellos*» para que repartan hostias como mantas.

- Vaya. Pues sí que está la cosa negra, ¿eh? -repetí, esperando que, mientras bajábamos al lugar donde aguardaba o, para ser más precisos, donde aguardaríamos a Javier, ya que él procuraría llegar rápidamente mientras nosotros arribaríamos volando, me contara qué demonios le había dicho el joven.

Así pues, esta fue, con sus más y sus menos, la conversación completa, según lo que me dijo MC.

» Buenas tardes, Javier. ¿Buenas tardes? ¡Llevo todo el día intentando ponerme en contacto con vosotros, por Dios! ¿Dónde habéis estado? Ya te lo dijimos, Javier... ¡Estoy muy preocupado! ¡Qué coño, preocupado! ¡Estoy cagado de miedo! Escucha, sé que estás preocupado, pero aquí no se coge el teléfono desde la salida del sol hasta el ocaso, y eso estaba en el contrato... ¿Pero qué contrato ni contrato? ¿Qué clase de frikis sois? ¿No sabéis lo que ha pasado? ¡Os llevo llamando desde anoche! ¡Han matado a mi cuñada! ¡Joder, por lo visto la han violado y la han matado! ¡Pues claro que sé eso, qué te crees! Por cierto, tenemos que comentarte... ¿Y no me habéis llamado? ¡Además, han cogido a mi hermano, dicen que ha sido él, y estoy seguro de que no ha podido ser él, seguro! Que sí, que también

sé lo que ha pasado hoy, no hace falta que me grites, ¿eh? ¡Alguien ha matado a mi cuñada y le ha cargado el muerto a mi hermano, no me digas que no grite! ¡Y me ha llamado un número raro, no lo he cogido, pero puede ser la policía, no lo sé! Joder, pues eso no lo sabía, fíjate tú. ¡No sé qué hacer! ¿Y si es la poli? ¡Voy a ir a decirles que suelten a mi hermano! Yo... ¿Que vas a hacer qué? No. No. ¡No! ¿Y entonces, qué? ¿Aviso a mi novia? ¿Llamo a mi familia? ¿Y si los buscan también a ellos? Pero te tienes que tranquilizar, hombre... ¡No me puedo tranquilizar! ¡Me va a reventar la cabeza! ¡No puedo seguir en esta habitación, tengo que hacer algo! Vale, no te preocupes. Respira, tranquilo. ¡Tengo que veros! ¡Voy a ir a vuestra agencia! Mira, no deberíamos seguir hablando por el móvil, ¿sabes? ¡Pero tengo que veros en persona! ¡De verdad! Que sí, que te comprendo, pero te lo digo en serio: hablar por tu móvil no es seguro en estas circunstancias, así que espéranos en el semáforo frente al Corte Inglés, ¿vale? ¿El semáforo del Corte Inglés? ¿El de enfrente de la fachada? Exacto. Nos vemos allí, y ya vamos a cualquier sitio donde haya gente y hablamos. Vale. Pero llamo antes a mi novia. Tengo que decirle lo que pasa. ¡No, no seas tonto, ni se te ocurra! Diez minutos. ¡Diez minutos es mucho! ¿Cómo? Puedo estar ahí

abajo en cinco minutos. Vale. Cinco minutos.  
Hasta ahora.

Llegamos, por tanto, al semáforo tras aterrizar en una callejuela de las cercanías y, un par de minutos después, apareció Javier, con unas ojeras que ni el doctor Fleischmann en Cicely la noche de San Juan, y un aspecto muy desmejorado.

- ¡Hola! Perdona por los gritos de antes, estoy muy nervioso... -se disculpó, mientras nos extendía la mano para saludarnos.

- No hables con nosotros, machote, que puede haber moros en la costa. Nos vemos en El Racimo, ya sabes, el restaurante, dentro de cuatro minutos, así que tira para allá cagando leches -le dijo Marie, dándole la espalda.

- Vale. Hasta ahora -dijo él, tratando inútilmente de disimular, con un exagerado movimiento tan natural como una hamburguesa de soja, con el fin de dar la espalda a Marie sin que nadie se diera cuenta. Luego se alejó.

- ¿Qué pasa? -le pregunté a MC, cuando lo hubimos perdido de vista- ¿Te hueles algo raro?

- El mismo olor que había en el piso -me respondió, mirando a izquierda y derecha-. A ver: estaba el aroma de este hermanito cagón, que es inconfundible -y husmeó,

lamiéndose después los labios-, el de la mujerona muerta, el del cornudo, y me parece que otros dos. Pues ese olor desconocido está cerca. No muy cerca, pero no sé, por el barrio. El que sea, o los que sean, también están olisqueando, diría yo.

- Ahora que lo dices -asentí, sorbiendo fuerte y sin tener ni puñetera idea de a qué olor concreto de los cientos que me entraban por la nariz se refería, la verdad-, es verdad. ¿Y entonces, qué?

- Vamos volando al Racimo, y allí hablamos tranquilos.

El Racimo era uno de esos típicos bares de barrio malagueño de letrero grande, tapas y raciones abundantes, bebida barata y precios económicos. No destacaba, desde luego, por sus olores delicados, sus leves exquisiteces ni otras gilipolleces de tenedores múltiples y poco fondo de plato, pero solía contar siempre con una cantidad aceptable de clientes y, por tanto, era un lugar lo suficientemente seguro como para poder tener una conversación sosegada sin oídos avizores.

Nadie siguió a nuestro alelado cobarde, al menos a una distancia de un tiro de piedra, cosa que supimos porque lo estuvimos siguiendo desde el cielo la mayor parte del trayecto; cuando llegó ya estábamos nosotros con una mesa ocupada y un par de copas de vino encima. Si, por cierto, se pregunta usted cómo es que volamos tan

tranquilos por encima de una ciudad casi a cualquier hora sin que nadie se dé cuenta, se debería cuestionar antes sobre el tiempo que hace que no mira al cielo de su ciudad de noche, y en la respuesta a esa pregunta encontrará ambas. A nadie le importa un carajo el cielo en una urbe y, por tanto, nadie se fija en nuestro grácil voleteo. Como si queremos ir en pelotas. Y si alguien nos ve, pensará que es mejor no decirlo en público, porque, efectivamente, nadie iba a creerlo. Sobre todo, si nos divisa en pelotas.

- Has tardado más de cinco minutos -reprochó Marie al recién llegado, tocándose el reloj de pulsera.

- ¿Qué? ¿Habéis venido volando, o qué? -respondió el joven, rascándose la cabeza.

- Puedes apostar que sí -le dije, sonriendo-. Anda, siéntate y pídete algo. ¿Quieres comer? Nosotros acabamos de cenar, justo antes de salir, ¿verdad?

- Verdad, Edgar -asintió Marie-. Así que pide lo que quieras, y comenzamos.

Le trajeron una cerveza, y entonces, sin darle tiempo a decir nada, Marie puso las cosas claras para evitar que el nervioso joven se dedicara a caminar por las ramas del asunto que nos había llevado hasta allí.

- Verás, Javier: si quieres que te ayudemos, nos tienes que contar toda la verdad, algo que, seamos sinceros, no has hecho demasiado bien hasta este momento. Yo te voy

a decir lo que nos has ocultado, y tú simplemente vas a asentir. Luego, cuando yo termine, hablas tú. ¿Estamos?

- Yo... Vale -respondió, bajando la cabeza, Javier, supongo que no queriendo encontrar la escrutadora mirada de Marie fija en la suya.

- Empecemos por el principio. Anoche viniste a vernos con mucha preocupación, pero entre tus razones para fundamentar la amenaza de tu vida no estaba, desde luego, la de la infidelidad a Teresa, tu novia, ¿verdad?

- ¿Cómo sabes el nombre de Teresa? -preguntó el joven, que nunca nos lo había dicho.

- Simplemente asiente. Ya te lo he dicho, hijo: somos investigadores, ¿no? Y en esta época, en la que cualquiera puede entrar en tu perfil de Facebook y ver que estás emparejado con Teresa Puertas Osuna, no es algo que tenga demasiado mérito -Javier, haciendo caso, solo asintió, tomando, eso sí, su rostro un tono cada vez más púrpura.

- Por tanto, estás poniéndole a tu novia, Teresa, unos cuernos como los de un muflón. ¿Y con quién? ¡Sorpresa! Con la difunta Raquel. Perdón, tengo que corregirme: después de lo que pasó ayer, debemos sustituir la expresión “estás poniéndole” por la de “estabas poniéndole”, a no ser que por ahí haya más señoritas a las que hayas atraído con tus encantos, a espaldas de tu

novia con la que, por cierto, dices que te vas a casar muy pronto. Y nada menos que por la Iglesia. ¿Cierto?

Javier ni siquiera levantó la cabeza esta vez, sino que se siguió tiñendo cual pimiento morrón.

- Sigamos. Nos trasladamos a unas horas antes de que vinieras a contratar nuestros servicios. Tú habías quedado con Raquel en el hotel del siniestro asesinato. Pasasteis un rato, por decirlo de alguna manera, muy alegre, con agitaciones, carreras y jolgorios variados, en los que se incluye un seguramente enjundioso baño en una de esas bañeras de pompitas y espuma. Pero ocurrieron dos cosas inesperadas. La primera fue la visita del cornudo, es decir, de tu hermano José Alfredo, actualmente, que sepamos, en prisión preventiva, acusado del asesinato de su mujer, es decir, de tu amante.

- Esto..., Marie... -interrumpí, tratando de llamar su atención.

- No me interrumpas tú, Edgar, ya que no lo está haciendo nuestro cliente -dijo ella, levantando un dedo. Encogí los hombros, y la dejé que continuara.

- Cuando os disteis cuenta de que el bueno de José Alfredo había descubierto vuestro escondite y estaba, hemos calculado, pegando a la puerta y hecho una furia, no tuviste otra idea más brillante que esconderte donde se metería cualquier tontaina de tres al cuarto: ¡el armario! Sin embargo, se ve que tu hermano no adivinó



dónde estabas, o no le dio tiempo. Posiblemente, y digo posiblemente por no decir con toda seguridad, discutió con su mujer, le dio un par de guantazos en la cara, sin saber exactamente lo que estaba haciendo, y se largó. Y aquí es donde viene lo que realmente hace que una se sienta estupefacta. ¿He fallado en algo?

Ningún sonido audible, aparte de un ligero rumor de vocales absolutamente inconcretas, llegó desde la boca de Javier. Sabiendo que había metido cada clavo en su agujerito, Marie siguió dando martillazos.

- Fue este el momento en que tú, nuestro pobre cliente, saliste del armario, tomando esta expresión, supongo, solo en su sentido literal, y, lejos de intentar hacer algo por la chica que seguramente tenía, además de un grave problema de conciencia, unas marcas como fruto imborrable del leñazo o leñazos que las habían causado, y cuando digo imborrable me refiero, naturalmente, a lo que pasó después, pusiste pies en polvorosa y trataste de esconderte lejos de allí. Pero, ¿qué ocurrió para que, en vez de eso, buscaras desesperadamente ayuda, dieras con nuestro anuncio en algún periódico local, y vinieras directamente a vernos? Te lo diré, y seguro que no me equivoco. Mientras huías, viste a dos tipos, que me huelen a matones contratados por vaya usted a saber quién, y recordaste que te los habías tropezado antes, sin darles ninguna importancia. Entonces, de repente, te vino a la cabeza que alguien te estaba siguiendo, y supusiste, erróneamente, que podrían ser detectives contratados por tu hermano o, peor aún, por la familia de tu cuñada, cosa

que se le vendría a la cabeza a cualquiera que hubiera asistido, desde dentro de un armario, a la reprimenda que el marido de su amante le había dado, de forma bastante exagerada, a su mujer. He terminado. Ahora, puedes hablar.

- Yo... -musitó Javier-, yo... no supuse que eran detectives.

- Una última cosa, Javier, que no queda clara -añadí yo-. ¿Tu hermano perdió algo en la refriega? Es decir, ¿se le cayó, no sé, la cartera, o algún objeto personal, en la habitación?

- El anillo... se lo tiró a la cara a Raquel, antes de irse. Yo lo vi... en el suelo -respondió.

- ¡El anillo! ¡Era el anillo! -exclamó Marie- Eso fue lo que encontró la policía, claro. *«Blanco es, la gallina lo pone, con aceite se fríe y con pan se come»*. Pensemos como ellos: el marido despechado llega, se encuentra a su mujer con otro, tira el anillo y la ahoga. Sospechoso principal. Ahora todo tiene algo más de sentido, creo que me voy haciendo una idea de... Está bien: sigamos. ¿Decías que...?

- Que no creo que sean detectives... -repitió Javier, casi sin voz.

- Ajá. Nosotros tampoco. Eso te lo ha dicho Marie para despistar. Luego aquí hay algo más, que tampoco nos has contado -terminé yo su frase, viendo que se le estaban cortocircuitando los enlaces de sodio-potasio del cerebro.

- Algo -continuó Marie- relacionado con tu novia, sospecho. Porque si, como nos dijiste ayer, y en eso creo que no mentiste, no sabes de nadie que conozca lo tuyo con Raquel, aparte de nosotros, porque tu hermano, que está en chirona, probablemente no sepa que eres tú el que...

- Esto... -volví a interrumpir, pretendiendo aclarar un tema urgente por segunda vez.

- Espera que termine, pesado -me dijo Marie, resoplando y arrugando la nariz. Luego siguió hablando con nuestro cliente-. Si te estaban persiguiendo a ti, pero nadie sabe de tus canitas al aire, es decir, que Raquel y tú os veáis supuestamente en secreto, ni tienes tejemanejes con ninguna sociedad oscura o mafiosa, ni nadie de tu familia tiene nada que ocultar, es decir, si en realidad eres un don nadie que no le importa un pito a alguien medio importante que pueda mandar dos matones a seguirte, entonces tu cuñada, que también, te lo vuelvo a recordar, era tu amante secreta, si bien tu hermano se olía algo, fue asesinada por error. ¿Y a quién buscaban?

- ¿A quién buscaban? -repitió, como un loro, Javier.

- Supongamos, solo por suponerlo, que buscaban a tu novia: por razones que no sabemos, y quizás para matarla, aunque eso tampoco lo sabemos. Estoy pensando en alto, pero es lo que tiene más sentido: querían dar con tu novia, de la que estás muy enamorado públicamente, y te estaban siguiendo a ti para llegar hasta ella. Tú te vas

de la habitación del hotel, un tiempo después llegan ellos, creen que han encontrado a Teresa, la matan y culpan a tu hermano con el anillo, creyendo que te han culpado a ti, porque seguramente estaban vigilando desde la calle, han visto que tú has entrado, te han visto salir, pero no se han fijado en la escena de José Alfredo, que para ellos es uno más que pasa por allí. Si es así, entonces a estas horas sabrán que la muerta no era Teresa. Y también se habrán enterado de que el que está en la cárcel no eres tú. Conclusión, Javier: Teresa puede estar en peligro.

- Pero, ¿por qué? ¡Mi novia no le ha hecho daño a nadie! -protestó Javier.

- ¿Y eso cómo lo sabes? -le pregunté- ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo juntos?

- Un año y algo. Pero os juro que ella es una mujer sencilla, incapaz de meterse en líos...

- Mira, chaval -le dijo Marie-, un año y algo es, para que te quede claro, una miiiiieerda. No tienes ni idea de quién es Teresa. Yo tampoco, pero es algo que habrá que remediar. Ponme ahí, en esta servilleta, su dirección.

- Sí. ¡Dios! -empezó a lloriquear Javier, mientras escribía con el boli que yo llevaba encima y le había pasado- ¡Como le pase algo a Teresa...!

- ¿Pero a qué viene ese llanto? No te pongas a gritar aquí como un gorrino -le recriminó Marie- delante de nosotros, como si estuvieras locamente enamorado de tu

novia mientras, no sé si lo recuerdas, te tirabas a tu difunta cuñada, y puede que cada dos por tres, mamón. No tenemos tiempo para ponernos a darte lecciones sobre el bien y el mal. Si fuera por mí, ahora mismo te daba dos galletones como dos panes catetos, pero me voy a reprimir. Eso sí, te pediría -Marie levantó la voz- que dejaras de mirarme las tetas y, en todo caso, me mires a los ojos. O no me mires, joder. Fíjate en la puta pared.

- Perdón -contestó él, con dos lagrimones cayéndole por las mejillas y un moco asomando a la nariz, elevando los ojos hasta la pared llena de desconchones.

- Eso es, muy bien -dijo ella, cruzando los brazos-. En segundo lugar, creo que Edgar y yo deberíamos ir a hablar con tu hermano. Después de hablar con Teresa, que está más cerca -puntualizó, viendo la dirección en la servilleta-, para ver si tiene algo que ver con todo esto, o tenemos que descartarla.

- Mira, Marie. Creo que es el momento -repuse, enseñándole la noticia causa de mis sucesivas interrupciones anteriores.

La noticia era, en síntesis, el suicidio de José Alfredo en la cárcel, ahorcándose, hacía unos minutos.

- Esto... -comenzó a decir Marie, abriendo mucho los ojos y la boca. Tras unos momentos de silencio, se dirigió a Javier-, me parece que va a ser mejor que no contestes

al teléfono, ni hables con nadie aparte de nosotros, mucho menos con tu novia, ni sigas en la misma habitación del mismo sitio donde estabas. De hecho, dame este teléfono, y cómprate uno nuevo de esos baratuchos, de pre-pago, por ahí en el chino. Recoge tus cosas, y vete. Huye. No, mejor no recojas tus cosas. Ni siquiera nos digas dónde vas. Cuando estés en un lugar seguro, llámanos y ya te decimos qué es exactamente lo que está pasando, porque, te aviso, es muy jodido. Mucho más oscuro de lo que te puedas estar imaginando. Así que ya sabes: sal de aquí poquito a poco, tranquilito, y lárgate. Adiós.

## *Los profesionales.*

El joven se despidió alzando levemente la mano, sin mirarnos a ninguno de los dos ni decir nada, con la cabeza gacha. Se dio la vuelta, y se fue del bar.

- Joder, MC -dije-. ¿Y ahora, qué? Porque esto parece un circo de monstruos de tres pistas por lo menos. Y para rematar, el pobre hermano mayor cornudo se cuelga de una soga. ¿Pero qué coño ha pasado? ¿Suicidio?

- Suicidio. Puede ser. O puede que no -respondió, mientras aplastaba el móvil de Javier entre sus dedos, MC-. Vamos a ver, L: sigamos la hipótesis que me he inventado de mala manera hace una mijilla.

- Ya decía yo -suspiré, aliviado-. Me estaba entrando un complejo de mono que no comprende una mierda de lo que está pasando frente al genio de una mente superior que lo tiene todo en su cabeza, antes de que haya ni pruebas ni nada, que no veas tú...

- No te preocupes, seguramente es así -me replicó MC-, o seguramente no. En fin: si Raquel fue asesinada por dos matones que no la buscaban a ella, hay que ir a ver a Teresa, para averiguar si es la pieza que nos falta.

Ahora bien: si Teresa no tiene ni idea de lo que va todo esto, entonces... estoy igual de perdida que tú. Y hablando de ti, vas a tener que seguir a Javier, porque el olorcillo ese que te decía antes no ha desaparecido del todo. Este tío es tan torpe, que seguro que no se ha dado cuenta de que todavía le siguen la pista. Es más: yo juraría que ayer ni nos hizo caso ni nada, y volvió a su casa, llenó una maleta, y se fue al piso de enfrente a pasar la noche. Tonto del culo, vamos.

- Tonto para algunas cosas, quilla -apunté-. Tienes razón, yo no daría un céntimo por él. Así que lo sigo. Y tú vas ancá Teresa, ¿no?

- Eso es. Y ahora, pongámonos en situación -siguió MC, crujiéndose los dedos- siguiendo el hilo de la hipótesis principal que tenemos: somos dos matones a los que alguien ha mandado para que le ajustemos las cuentas a Teresa. No sabemos todavía por qué, en vez de seguirla a ella vamos detrás del novio. A lo mejor nos han dado la pista de él. O a lo mejor nos han dicho que no debemos llamar la atención. O yo qué sé. El caso es que vamos detrás de Javier, pero resulta que la hemos liado buena: llegamos a la habitación del hotel de la que acababa de salir él, encontramos a una mujer, le retorcimos el pescuezo, pero ni ella era Teresa, ni el hombre cuyo anillo dejamos a la vista, y que se ha colgado en la cárcel, o... al que hemos mandado eliminar, que también puede ser, era Javier. Así que, muy enfadados por todo lo ocurrido, de lo que nos hemos enterado en las noticias, o bien porque nos han llamado



los que nos contrataron para decirnos que somos unos inútiles, hemos vuelto al lugar de partida, y allí, por estas casualidades de la vida, o porque el imbécil de Javier no se ha alejado, está otra vez nuestro cliente. ¿Qué harías tú?

- Tal y como lo has pintado, está claro -concluí, dando con el puño en la mesa-: pillarlo, abrirlo en canal y, mientras le hago escupir sangre, hacer que nos diga dónde vive ella, para que esta vez no se nos escape.

- Pues eso es lo único que tenemos -concluyó MC, encogiendo los hombros-. Encárgate tú de que no le pase nada al mojapalote, y yo voy en busca de la novia de los ojos verdes que probablemente todavía no se haya enterado de la cornamenta que lleva encima.

- ¿Tiene los ojos verdes? Seguro que será gorda y fea, ¿verdad? -pregunté, con esa simpleza característica del hombre medio- A ver si acierto: ¿era la empollona de la clase, que le echó el guante al tío al que todas querían, y de la que ahora el guaperas se quiere deshacer, aunque aquí delante diga que está enamoradoísimo?

- No has acertado ni una -me respondió MC, mirando el móvil y enseñándome después la pantalla-. Me parece que has visto muchas películas americanas, L. Ahí tienes su perfil de Facebook: un bomboncito. «¿Y entonces, por qué se acostaba Javier con su cuñada?», te preguntarás. Así sois los hombres, es la respuesta.

- Pues a lo mejor. En fin. Así sois las mujeres -le devolví yo la pelota, dirigiéndome luego al camarero- ¡Jefe, la cuenta, cuando se pueda!

- Joder. Tengo una llamada perdida de Susana. Lo que nos faltaba -dijo MC, cogiendo el teléfono, que sonaba y vibraba con la cara de nuestra amiga suspendida en la pantalla, acción que hoy día puede resultar ridícula, pero que entonces era el no va más en tecnología-. Esperemos que no tenga ningún problema gordo... ¡Hola! ¿Qué haces, cómo estás?

Así pues, nos separamos. Asistiremos en primer lugar a la escena que resultará más periférica de cara a la resolución del enigma que tenemos entre manos. Tal es, como no podía ser de otra forma, la que contaré en primera persona, y que tiene como protagonista al jovencito casquivano.

Después de que se hubiera marchado MC, esperé unos minutos dentro del Racimo, ojo avizor, para tratar de reconocer el más mínimo movimiento de nuestros todavía indeterminados oponentes fuera de lugar. Probablemente lo hubiera, pero yo, desde luego, no me di cuenta. Así que, oliéndome que los cazadores estaban ya tras su presa, salí, me metí en el primer callejón, alcé el vuelo y busqué a Javier, al que no tardé en encontrar porque, la verdad, no se podía decir que eso de pasar desapercibido se le diera bien. En vez de caminar por las

calles cercanas más transitadas en aquellos momentos, como Armengual de la Mota o Mármoles, cosa que hubiera hecho cualquiera con dos dedos de frente, se metió por Jaboneros hacia la Trinidad, y luego torció a la izquierda por Ventura Rodríguez, más solo que la una. Esto no tenía por qué ser una mala idea en sí, excepto si tenemos en cuenta el pequeño detalle, ya profetizado por madame Marie Dupin, de que lo seguían dos tipejos. Desde mi altura se veía perfectamente que aquello estaba llamado a terminar, como mínimo, con una somanta de palos, así que, sin dar tiempo a los dos perseguidores, de andares sumamente estrafalarios, a alcanzar su objetivo, me adelanté a uno de los esquinzos que, sin ton ni son, estaba dando el joven, señal de que se había dado cuenta de que lo estaban siguiendo y pretendía despistarlos siguiendo los comunes pasos de esa señorita rubia de amplios senos que resulta ser la primera víctima del asesino múltiple de cualquier película de terror de serie B, y esperé a que apareciera. A punto estaba de colarse por el callejón Villazo, una trampa mortal en sus circunstancias, así que aterricé justo antes de que entrara, lo vi pasar a mi lado y le di, por detrás, un manotazo en la cabeza, que hizo que su frente fuera a besar la farola que tenía delante, y cayera luego desplomado cuan largo era.

Lo miré para comprobar que, efectivamente, no se había quebrado faz, nuca o cuello, me fijé en la normalidad del latido de su corazón y el alegre corretear de la sangre por sus jaraneras venas, lo cargué sobre mis espaldas y, antes de que aparecieran los dos extraños

sujetos que andaban tras su pista para quedarse con un palmo de narices al ver que no había ni rastro de aquel al que ellos consideraban, con toda la razón del mundo, estúpido, ya estaba yo en la terraza del edificio de enfrente.

En aquel momento, libre ya de persecuciones amenazantes, hice una sesuda reflexión, mientras miraba al adormilado tontorrón que estaba echado a mis pies entre el nada despreciable montón de cagadas de gaviota y otros volátiles sobre el que lo posé. Me dije que parecía imposible que aquel chaval pudiera llegar con vida al siguiente amanecer si su supervivencia dependía de su pericia; después me puse a pensar si acaso aquello tenía la más mínima importancia, porque, oiga usted, era su despreocupación llena de algazara la que había provocado ya la muerte de dos personas, que supiéramos.

Entonces, claro está, me acordé que de que nos adeudaba todavía la mitad del precio que habíamos acordado que tenía que pagar por nuestros servicios, y eso acabó inclinando la balanza hacia el lado de la piedad en vez de hacia el otro, que consistía en dejarlo caer, desde aquella altura, en un cubo de basura cercano a los murmullos de los dos filibusteros, uno de los que, a todo esto, tenía un acentazo de la Europa oriental propio de alguien que se hubiera escapado de la sesión de doblaje de cualquier filme ambientado en la guerra fría. A lo largo de la persecución había conseguido identificar, por fin, el olor de la sangre de ambos; por tanto, pensé en darles caza después y, mientras discutían de forma airada,

decidí moverme con rapidez y dejar a aquel petardo bien seguro, para poder pasar seguidamente, con la premura requerida, a cerrar el caso, siempre que MC hubiera sacado algo en claro de la visita que estaría seguramente iniciando en tales momentos.

Determinado esto, me dirigí a un hostel de mala muerte que había en la misma zona, me colé, como otras veces, por una ventana del pasillo del segundo piso, abrí una habitación que no estaba echada con llave, en concreto la del 2º C, dejé allí al deudor durmiente, volví a salir por la misma ventana, entré justo después por la puerta de la recepción de la fonda y abrí un diálogo con la escuchimizada señorita de nariz exageradamente aguileña que esperaba tras el mostrador, con una jeta de aburrimiento propia del que está escuchando a uno de esos frikis que se ponen a hablar de cualquier tema conocido solo por ellos y se tiran una hora charla que te charla sin darse cuenta de que al otro lado hay alguien al que le importa muy poco, por no decir un puñetero carajo, lo que está diciendo sobre la disyuntiva espaciotemporal del circuito de froklapsión del motor tercero de la serie cuarta del tipo de nave HK-925 de los cómics del superhéroe Grundablundordon.

- Buenas noches -dije, sonriendo.
- Eh -contestó la joven, sin levantar la mirada.
- Querría alquilar una habitación para esta noche.

- Vale. Llave. Quince -respondió, haciéndome llegar un taco enorme de madera con el número 3 y la letra B pintados, con una pequeña llave encadenada a un extremo.

- No. Soy un tipo muy supersticioso -contesté, rechazando el taco-. Quiero la habitación del 2º C. Si está libre, claro.

- Pffffff -resopló la joven. Después miró hacia atrás, buscó, alzó con desgana un brazo y se volvió con otro taco de un tamaño similar y una llave parecida colgada de idéntica forma-. Aquí. Veinte.

- ¿Qué? ¿No eran quince euros?

- Quince la otra. Esta, veinte por noche. Solo dormir.

- ¿Y eso por qué?

- Mira, son veinte -me aclaró, mascando chicle, mientras se hurgaba la nariz con denuedo-. Y la razón es porque me sale del coño. ¿Te parece?

- Me parece perfecto -le contesté, satisfecho con la explicación y sin ganas de continuar tan agradable conversación-. Muchas gracias. Hasta mañana.

- Aro -terminó diciendo.

Así pues, pagué, cogí la llave en cuestión, me dirigí a la habitación, me metí, cerré por dentro, abrí la ventana, salí, volví a cerrarla desde fuera dejando solo una

abertura de un dedo, por si tenía que volver por aquel mismo lugar, arranqué la llave del taco de madera, incrusté este en el marco de la ventana para evitar que la hoja subiera más de lo preciso y alguien que no fuera yo pudiera penetrar o evadirse por la abertura, y me alejé de allí, asegurándome de que Javier todavía estaba durmiendo la mona y pensando que, al fin y al cabo, era la única manera de que se estuviera quietecito y, seguramente, continuara disfrutando de sus constantes vitales. Una vez en el aire, procuré buscar el olor de los dos desengañados, suponía yo, matones, preguntándome de dónde habían salido y quiénes podrían ser.

Me costó un rato grande encontrarlos. No cabe duda de que habían revisado las calles adyacentes concienzudamente, pero, claro está, no habían encontrado el más mínimo rastro del joven. Por tanto, como haría cualquiera en su situación, entraron en una garita cercana a tomarse un par de pelotazos para ahogar las penas y preparar el siguiente movimiento. Así que, sentándome en la calle, en posición pedigüeña justo bajo la ventana tras la que se encontraban, escuché esta conversación de la que comprendí solo una parte, puesto que lo restante se lo estaba aclarando en aquellos mismos instantes Teresa a Marie, como veremos en el próximo capítulo.

- ... Te digo que aquí hay alguien más husmeando, tío. Tú no llames tío a mí. No nos conocemos de nada, y estoy aquí solo por

dinero que pagan. Ya, pero vamos a ver si nos aclaramos: no puedes ir por ahí matando gente a la primera, ni llamando a tus compadres del talego para que le pongan una soga a los que se te han escapado. ¿Cómo te lo digo? ¡Estamos llamando mucho la atención! Y no nos han contratado para eso, ¿no? No podemos llamar la atención. Menos mal que estaba yo allí para limpiarlo todo, porque vaya lío que... Io harré eso que me salga de pelotass. Y tú no vas a desirr a mí qué cosa hago io. Vale, pero no me dirás que no tenemos que andarnos con ojo, ¿eh? Que te digo yo a ti que esos del semáforo, que parecía que no estaban en el tema, le están ayudando. Era una pareja muy rara. ¡Joder, con lo fácil que era coger a ese mierda, que es más tonto que...! Pues corrtamos puta cabeza de parreja, y también al cabrrón que esscapado. ¡Venga, claro, dilo más alto por si alguien no te ha escuchado! Vamos a ver: estamos aquí bebiendo tranquilamente, ¿no? Vamos a pensar con la mollera, ¿eh, vale? ¿No? Digo yo que es bueno que pensemos con la mollera, me parece a mí, vamos. Lo que yo te digo es que teníamos que ASUSTAR a una puta que está jodiendo a esos que nos dieron la dirección de ella y del tío, y tú vas y te la cargas sin preguntar ni nada... No me la he cargado, mamón. Fue accidente, y tú dises



que no erra esa. Perro erra, porque estaba con ese que teníamos vigilarr. ¡Vimos salir allí en esquina hotel! No sé, tío. ¡No llames tío a mí, mamonasso! Vale, vale, tranquilo. Pero no sé, vamos, que a mí no me suena el nombre de la mujer que mataste, ¿eh? Además, no teníamos que matarla, ¿no, verdad?, ni a ella ni al que había en la cárcel. Y digo yo, porque lo escuché, porque es que yo lo escuché, ¿tú no escuchaste, cuando nos dieron el encargo, que tenía novio? Ahora resulta que, según las noticias, estaba casada. Bueno, ya da igual. ¡Segurro erra esa! No lo sé, yo tengo mis dudas. Vamos a ver: ¿cómo se llamaba la perra a la que teníamos que acojonar? ¿Seguro que era Raquel, como han dicho las noticias hoy? ¡No acuerrdo! ¿Tú acuerrdas? No, la verdad: yo tampoco me acuerdo, vamos. Puede ser que fuera Raquel. ¡Y no me acuerdo porque te limpiaste la boca en el puto papel que nos dieron con los nombres, joder! ¡Y solo se veía la información de él, el hijoputa de Javier, el que parecía idiota! ¡Entonces, mamón, no sabes! Bueno, eso ahora da igual, tío. ¡No llames tío, cabrronaso, estoy serrio! Vale, vale, tranquilo, vamos. No sé, supongamos que teníamos que cargarnos a Raquel, y que en realidad Raquel estaba casada y tenía también un novio, que es lo que nos dijeron a nosotros

y que, por tu culpa, porque te limpiaste la boca en el papel con la dirección de ella y luego le apretaste el puto cuello, así, apretado, se ha convertido en nuestro objetivo princip..., único ahora. En fin, estas cosas pasan todos los días, la gente se casa y luego folla con quien le da la gana, aunque hay muchos que están todo el día que si yo follo mucho, pero después nada de nada... No voy a decir yo que esté de acuerdo con esas cosas, aunque, en fin, esa Raquel estaba como un queso. No, joder, es mejor no pensar eso, a ver, vamos a ver si nos centramos: ahora vamos a ir a ver a los que nos contrataron, ya sabes, ¿no?, los de la empresa o lo que sea, los de la banderita, y a decirles que nos den el dinero y ya está, porque yo paso de más marrones. Vamos a ver a esta gente, y ya vemos después lo que hacemos, porque yo, vamos, no sé... Irremos verr a gente. Irremos cogerr dinero. Irremos buscarr cabrrón que escapado. Y rrajamoss como serrdo. ¡Pero qué manía de rajar tienes! Oye, de verdad que no lo veo. Tú haz lo que quieras. Yo cojo mi parte del dinero, y me voy, ¿eh, vale? Tú parrese a mí que hablas mucho, así que ahorra mirras, y aprrendes. Y callas, porrrque vamos irr hasta final. ¿Cómo erra dirrección? Era en Muelles Heredia. El bajo de uno de esos pisos que están medio abandonados. Me dijeron que

tenían asamblea, o no sé qué, esta noche. La empresa es importante, por lo visto. Pero hazme caso, es mejor que yo hable, tío. ¡Que no llames tío más, joderr ya! Tú hablas eso que quierras, yo quiero dinero. Si no dinero, tú prroblema, y empresa ggrande también.

Y, dicho esto, que acabó con un puñetazo en la mesa, se levantaron y salieron a la calle. Yo, por mi parte, volví a mi posición aérea, y los seguí, cosa que me fue harto difícil por un detalle con el que no había contado: así como la infructuosa persecución de Javier había transcurrido a pie, el bareto del que acababan de salir había sido elegido por su proximidad al lugar donde tenían aparcado el coche, un destartalado Golf de color negro con más años que la *Lex Flavia Malacitana* y más mierda que el palo de un gallinero, y en él subieron y condujeron hasta su destino, dando un rodeo inusualmente amplio y con unos modos de manejo del volante propios del más desquiciado de los perturbados mentales, señal clara de que la discusión seguía durante el viaje en el interior del vetusto auto.

Mientras trataba de seguirlos, tarea que abandoné a los diez minutos y sustituí por la espera en una cornisa cercana a la zona a la que, según la conversación, debía conducir su errática carrera, intenté sacar algunas

conclusiones a partir de la escena que acababa de escuchar.

Lo primero que había que descubrir era la identidad de la empresa que había contratado a tan singulares pistoleros, que parecían salidos del capítulo más tenebroso de cualquier cómic de Superlópez, cómica versión española de Supermán, versión moderna, ya en desuso, de aquellos clásicos héroes del Olimpo griego. En fin: la respuesta a esa cuestión sobre la identidad de los empleadores no tardaría en ver la luz, justo cuando los del Golf llegaran a su destino, detuvieran el coche y se metieran en el bajo del edificio correcto. Así que puse esta pregunta en espera y pasé a la siguiente. ¿Estaría en lo cierto MC cuando decía que habían matado a Raquel por error, y que en realidad buscaban a la novia de Javier? Parecía que no, por lo que había escuchado, aunque, de hecho, la conversación no aclaraba mucho del tema, con todo aquello del papelito, la limpieza de morros y el nombre. Eso sí: había otro interrogante que parecía más urgente. ¿Tendrían algún modo de dar con nuestra identidad, ya que, según parecía, el parlanchín sospechaba de la brevísima conversación que habíamos tenido con Javier junto al semáforo, y el pseudo-ruso estaba dispuesto a despacharnos? En eso sí tenía razón MC: durante aquel momentáneo diálogo con el que prácticamente comenzó la jornada, estaban vigilando a nuestro cliente. En fin, tampoco eso importaba mucho, porque, llegado el caso de deber emplear la fuerza, los gánsteres no tenían posibilidad alguna frente a dos

siempre hambrientas almas del limbo como nosotros. De todas formas, había que tomar en consideración tal posibilidad y andarse con ojo para no acabar incómodamente agujereados como un colador en la ocasión más imprevista.

Fue este el momento en que decidí dejar de dar vueltas como un trompo tras el coche desbocado, e ir directamente a la cornisa de uno de los edificios de Muelles Heredia. Y me puse a hacer algo que, muy de vez en cuando, en esas ocasiones que fuerzan a tener las cosas claras, perpetro: dialogar conmigo mismo.

- Entonces, ¿qué demonios está pasando aquí? Porque, vamos a ver. Al final, según la conversación, MC no va a tener razón en todo, o sí, yo qué sé... Hay dos opciones: o bien la amante del mierda que he dejado en la habitación murió por accidente, si el nombre que ponía en el papel no era Raquel, o murió por encargo, si el nombre era el suyo. Sigamos el hilo raqueliano. Pongamos que en realidad estos iban a por Raquel, porque se veía con su amante a escondidas, y los que han encargado el trabajito querían pillarlos juntos porque, no sé, eso era un arma que podían utilizar contra ella para callarla. ¿Callarla, por qué? Porque seguramente ha hecho algo que ha enfadado a

una empresa. ¿Y el hermano de Javier, es decir, su marido? A este lo han matado creyendo que era el otro, porque, según nuestro cliente, le tiró el anillo a ella a la cara en mitad de su cabreo. Vale. ¿Pero por qué tienen que matar a Javier? Claro, al otro le pusieron la soga por error: *«no hemos despachado al que teníamos que despachar, así que solucionemos el fallo»*. ¡Pero qué absurdo es todo esto! Espero que MC se esté enterando de algo más, porque a mí esta mierda me parece rara de... ¿Y qué empresa manda a un par de colgados...? ¿Pero qué cojones...?

Terminó así mi monólogo, interrumpido por una visión, en plena calle, que me dejó boquiabierto. Había un grupo de gente que caminaba hacia el bajo del edificio que hacía esquina justo en la manzana frente a la cornisa donde me encontraba. Desde luego, no parecía el consejo ejecutivo de ninguna gran empresa con ganas de enviar matones para asustar a nadie. De hecho, uno de ellos llevaba una bandera roja con el símbolo de un gran sindicato de la época, Ojete. Otro de ellos llevaba una pancarta con no sé qué frase ampulosamente vacía sobre el proletariado, y el símbolo de otro de los grandes: Coco. Ojete y Coco, que, como puede usted figurarse, no son las siglas reales de aquellas ya desaparecidas organizaciones, pero que en esta historia mantendrán tal denominación.

En definitiva, estaba observando a una decena, o más, de miembros de dos sindicatos que se reunían en el bajo de un edificio, allí al lado.

- No. No creo. Debe ser casualidad. Pura casualidad, seguro.

Pasaron unos minutos en los que no ocurrió nada, aparte del murmullo que me llegaba desde la animada reunión, en la que, al parecer, se estaban diciendo de todo menos bonito los unos a los otros. Y entonces escuché el ruido del motor de un Golf, que avanzó a todo trapo calle adelante y aparcó justo en la puerta por la que acababan de entrar los sindicalistas.

- Pues no era pura casualidad -me corregí, anonadado.

Y, sabiendo que aquello había dejado de oler a excremento para comenzar a apestar a gallinácea, llamé urgentemente a MC. Estas fueron mis atropelladas palabras:

- ¿MC? ... Eso, madame Dupin. Vente cagando leches para acá, que está a pique de liarse una pajarraca buena. Vi a los dos matones, los he seguido y acaban de llegar aquí con unas intenciones muy chungas, diría yo. Y ya te contaré la que ha liado el capullo de nuestro clientito. ... Por cierto, parece que al final a quien buscaban era a Raquel. ... ¿Estás segura? ... No, no, si yo de ti ya sabes que me fío. No sé, esto es todo rarísimo. ... Esperándote aquí. Vente. Te mando mi ubicación desde Openmaps. ...

Te he dicho que te espero, así que, si hace falta, nos meteremos juntos en el lío. A Javier lo he dejado durmiendo en un sitio seguro, no te preocupes. ... Venga, date bulla, que huelo que ahí abajo va a haber sangre pintando las paredes. ¡Te dejo!

Entonces empezaron los gritos, y, tras estos, todo lo demás, mientras yo seguía vigilante, en mi cornisa, cual gárgola cada vez con peor cara, esperando la llegada de la detective Marie.



## *La currante prometida.*

Volvamos, sin embargo, antes de que la cosa se líe parda, al Racimo, donde encontramos, justo después de la despedida del joven, a una pareja de vampiros que intenta tomar una decisión lo más rápidamente posible y, tras un diálogo atropellado, se separa.

Mientras yo seguía a Javier, la escena que vivió MC resultó esencial para poder resolver el puzzle que tenemos entre manos, así que vamos con ella, siguiendo sus propias memorias, claras y exactas como la luz del amanecer en la cima del Mulhacén, abrazados dos amantes envueltos en los lazos cautivadores de la emoción contenida, la pasión irrefrenable, el amor de horizontes infinitos y una buena manta, que una cosa es el romanticismo y otra muy distinta espicharla a causa del frío. Esto lo pongo para que luego no diga usted que no ha encontrado en esta historia alguna que otra parte poética con su toque pegajoso y dulzón.

MC, por tanto, se metió en el servicio, salió por el ventanuco y voló, rauda, hacia el barrio de Teatinos. Allí, en un piso compartido con algunas compañeras de

trabajo, vivía Teresa. Sin embargo, antes de dar con ella contestó las llamadas perdidas de Susana, que, como usted sabe si ha seguido nuestras aventuras anteriores, a aquellas alturas había dejado su vida de espía sigilosa para convertirse en mujer de JL y madre de tres niños que eran un cielo, si bien la última vez que supimos de ella, durante la desventura de Nadia, se encontraba injustamente en la cárcel, de donde alcanzamos a liberarla con métodos poco ortodoxos, como siempre. Al contrario que nosotros dos, que seguíamos aparentando la juventud de la veintena, ellos, como buenos humanos vivos, tenían el cuerpo propio de nuestra edad, algo que, por aquellos entonces, comenzaba yo a envidiar de una forma cada vez más aguda. Porque no está mal eso de ser joven, pero mirarse al espejo con más de cuarenta añazos y ver a un veinteañero da, digan lo que digan las empresas de cremas antiarrugas y esas fábricas de divorcios llamadas gimnasios, mucha grima. A partir de los cincuenta uno se acostumbra, y simplemente deja de ver al joven y mira dentro de los ojos que le devuelve el reflejo, donde residen los golpes, las aventuras y desventuras, las debilidades, heridas y cicatrices del alma, las mismas que cargan las espaldas de los mortales.

En fin: Susana estaba, en el intervalo de tiempo en que transcurre esta investigación, embarazada de tres meses, de su cuarto hijo, ya en el límite de la edad procreativa y, por tanto, con un cuidado especial, y quería simplemente tomar algo con MC y hablar de lo que fuera y de lo de más allá, así que esta, sin pensarlo dos veces y

recordando los viejos tiempos de aventuras salvajes contra mafias todopoderosas, la invitó a acompañarla en su visita a Teresa, a lo que Susana accedió encantada, a pesar de no conocer de nada, como MC, a la chica en cuestión. Eso sí: la vampiresa tuvo que esperar a la humana, que debía dejar a sus pequeños bañados, cenados y acostados porque JL trabajaba esa semana en el turno de tarde y no podía volver hasta las diez. Así que esperó, paciente y vigilante, hasta pasadas las diez y media, hora en la que se encontraron y saludaron efusivamente justo en la esquina del piso donde vivía la anfitriona de la noche.

Partiendo de la sorpresa de la visita, y de que, por tanto, Teresa no sabía que ambas amigas estaban a punto de entrar a su dormitorio a echar un rato con ella, la imprevista cita, claro está, tenía su complicación de inicio. Aunque MC poseía la dirección del piso compartido donde habitaba, escrita con muy nerviosa caligrafía por su novio hace dos capítulos, no sabía exactamente cuál era la alcoba de la joven, y mucho menos la correspondiente ventana abierta que, caso de existir, les podía servir de entrada. Así, cabía la posibilidad, a aquellas tempranas horas de la noche, de que no todas estuvieran durmiendo en sus particulares cámaras, es más, de que nadie se hubiera ido aún al catre y, por tanto, entrar por una ventana al tuntún no fuera una idea del todo feliz. Si, por contra, sucedía lo opuesto, es decir, que, siendo día entre semana y laborable también el posterior, todas las jóvenes estaban ya en el

reino de los sueños, había que procurar despertar a la correcta, so pena de iniciar una cascada de gritos, aterrorizados chillidos, amenazas y / o insultos que no acarrearía nada bueno.

Habiendo llegado, por tanto, Susana, y tras los saludos pertinentes y un largo momento de cháchara inicial en el que quizás se preguntaran por la salud, el embarazo, la familia, las últimas compras, el mejor color de barra labial, la más efectiva etiqueta de lavaplatos y otros temas supuestamente propios de mujeres que acabo de inventarme para cabrear a usted en el caso de que sea una acérrima feminazi, decidieron colarse, como empieza a ser ya común en esta aventura, por la ventana abierta de algún pasillo, ir hasta la puerta de la vivienda, que se encontraba en el 5º 4ª, averiguar desde allí, teniendo en cuenta la estructura del edificio, qué aberturas eran las correspondientes por la parte de fuera, y dar un volátil garbeo exterior para comprobar cómo estaba el ambiente en los cubículos de las residentes.

Entretanto, habían llegado ya las once y media pasadas. MC aventuró, con su cada vez mejor ojo para las hipótesis certeras, que, si Teresa tenía algo que ver con las muertes que se habían producido, estaría más nerviosa que la bolita de un bolígrafo y, casi con toda seguridad, despierta, ya que, conociendo al inútil de su novio, probablemente este hubiera hecho caso omiso a la prohibición que le habían recalcado, y la habría llamado para advertirle de los hechos acaecidos, o, quién sabe, quizás se hubiera enterado por sí misma. Otra posibilidad,

desde luego, era que en el piso se estuviera llevando a cabo una orgía múltiple o una fiesta de pijamas, en cuyo caso la opción menos llamativa sería unirse sin más, y que los participantes tardaran un tiempo prudencial en averiguar que nadie las había invitado, intervalo suficiente en todo caso para poder hablar con Teresa y convencerla de la gravedad de la situación.

Susana, que llevaba la aventura en la sangre, se tomó con una seriedad enorme la misión en la que se había colado por pura casualidad. El paseo volador por la pared externa del piso compartido, al que se unió agarrándose a las espaldas de MC con brazos y piernas, dio como resultado, a ojo del olfato de mi amiga chupasangre, que en la vivienda había dos mujeres despiertas, una de ellas con un latido pausado, a resultas, probablemente, de la lectura de alguna novelucha romántica de tres al cuarto de esas que por entonces estaban muy de moda, y la otra con el mismo ritmo de sístole y diástole que un caballo a punto de desbocarse. No había, se lamentó Susana entre contenidas risas, orgía ni fiesta de pijamas, así que entraron sigilosamente por la única abertura libre de la morada, el entornado ventanal de la cocina, volaron hacia el dormitorio en cuestión, abrieron la puerta, se colaron, cerraron y, por último, tomaron tierra.

- ¿Qué coño haces? ¡Regresa a tu cuarto, no estoy para hostias! -susurró, en un tono nada amigable, Teresa.

- Nosotras tampoco -le contestó Susana, dando un codazo a MC, Marie en esta escena, y guiñándole un ojo.

- ¿Pero qué...? ¿Quién eres? -preguntó, alarmada, Teresa.

- Te aconsejo que no grites, ni hables fuerte, ni intentes hacer ninguna estupidez. Estamos aquí por tu novio. Y no queremos hacerte daño, sino ayudarte -le dijo, a toda prisa, Marie.

En aquel momento, la joven encendió la lamparilla de la mesita de noche y se quedó mirando, con los ojos entrecerrados, a las dos mujeres que tenía enfrente, una con un vestido largo beige y una bata coral, colores que yo soy incapaz de distinguir pero que están dentro de las memorias de mi amiga vampiresa, y la otra, más joven, enfundada en rojo y negro.

- ¿Pero qué es esto? ¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis en mi cuarto? -susurró.

- Verás: soy detective privada -le respondió Marie, enseñándole una tarjeta que llevaba en el bolsillo del pantalón-. Me llamo Marie Dupin, y mi agencia de investigación, lo puedes ver aquí y comprobar en cualquier diario local, se llama «*El Cuervo*», compañía que regento junto a mi asociado Edgar García. Anoche, tu novio, Javier, vino a vernos porque creía que le perseguían. Y, la verdad sea dicha, particularmente en esto no mentía, porque desde entonces ha muerto su cuñada, estrangulada en un hotel, y su hermano, que sería, en este caso, tu posible difunto futuro cuñado, y que, al parecer, se ha ahorcado en la cárcel. No sé si has

visto las noticias, o si el pringado de Javier te ha llamado, aunque nosotros le hemos no solo aconsejado, sino ordenado vehementemente que no lo haga. Estoy aquí porque creo que los que seguían a tu novio van realmente a por ti, aunque, si te digo la verdad, no sé si es así ni, de ser así, por qué. Si esto no es cierto, tú puedes dormir como un tronco, con toda la tranquilidad del mundo, y nosotros debemos abrir otra línea de investigación. Pero si estoy en lo cierto, y yo diría que sí, teniendo en cuenta el cuchillo jamonero que sostienes debajo de la sábana, tenemos unas preguntitas que hacerte.

- Y yo soy simplemente amiga suya, y estoy aquí para hacer bulto -añadió Susana, tocándose el vientre-. Así que, si quieres hincarle el cuchillo a alguien, ella va primero -al decir esto, señaló, por supuesto, a Marie-, y yo estoy embarazada. Del cuarto. Imagínate la desgracia si me dejas tiesa.

- Joder. Realmente no parece que me vayáis a matar, no -dijo, sentándose en la cama, Teresa-. Pero, ¿cómo habéis entrado hasta aquí?

- Esto... -Marie buscó algo lógico y, por tanto, incierto que decir-, cosas de detectives. No tenemos esos juegos de ganzúas que se ven en las pinículas americanas, pero hacemos nuestros pinitos. La cuestión es que estamos aquí, ¿no? Y que tú tienes algo que contarnos, y que nos ayudará a saber a quién o quiénes nos enfrentamos, y por qué está pasando todo esto.

- En fin. Sentaos por ahí. O aquí, en la cama. Una agencia de detectives -susurró en voz alta Teresa-. Y no me ha dicho nada...

- Ni de eso, ni de otros temas, niña -añadió Susana, a la que Marie le había contado a grandes rasgos los datos esenciales del caso conocidos en aquellos instantes, lo cual significa que, de hecho, no habían hablado de lavavajillas, compras ni pintalabios tras los extensos saludos anteriores. Hala, puede seguir leyendo sin insecto díptero alado detrás de pabellón auditivo si es usted la misma voluntariosa feminazi de páginas anteriores. Si no sabe lo que significa esa palabra, créame, no se pierde nada-. Pero cada cosa a su tiempo. Me da en la nariz que este ratito de conversación va a ser una sorpresa para todos.

Así pues, Marie se acomodó en una butaca que había frente a la cama, y Susana se recostó encima del colchón y se colocó, ayudada por Teresa, una almohada a la espalda.

- Empezaré por el principio -dijo, suspirando, Teresa-. Este medio día me enteré del asesinato de Raquel. Por lo que me has dicho, no sé, puede que mi historia tenga algo que ver. Lo que no creo es que la haya matado el bueno de José Alfredo, la verdad. Y con lo de su suicidio, os juro que me he quedado de piedra. No sabía nada...

- Tranquila, todo eso creo que te lo puedo explicar yo. Rebobina, y ya llegaremos ahí. Por cierto, ¿qué te ha



dicho tu novio? ¿Te ha llamado desde una cabina, o desde dónde?

- No sé, era un móvil, pero no el suyo -recordó la joven-. Hace cosa de tres horas, más o menos. Hacía cuatro o cinco días que no hablábamos. Y estaba muy raro: me ha dicho que no salga de aquí, que me quiere mucho, y que seguramente tendrá que huir pronto. No me ha dejado ni hablar. No sé exactamente a qué se refería, aunque ahora ya voy atando hilos, claro.

- Qué cabrón -masculló Marie.

- ¿Qué? -preguntó, extrañada, Teresa.

- Nada, nada -se excusó la detective-. Ya llegaremos a eso. Tú, dale al *rewind*.

- En fin -comenzó su relato la joven-. Trabajo en una empresa que, en realidad, es una subcontrata de un gran banco. Ya sabéis, una de estas compañías ultramodernas tan parecidas a las de los primeros tiempos de la industrialización, con miles de jóvenes prácticamente esclavizados en celdas individuales, como ratas de laboratorio, pero con más tecnología. Una puta mierda, en resumen. Con lo que cobro no me da para poder pagar un alquiler, y aquí me tenéis, compartiendo piso con tres compañeras del curro. Por supuesto, el tema de los derechos del trabajador allí se lo pasan por el forro. Y los sindicatos están comprados por la empresa, como suele ser normal, aunque haya sus nobles excepciones, cada

vez, por lo que parece, más escasas. Yo fui elegida representante de los empleados por votación, es decir, soy una especie de enlace entre los problemas de los trabajadores, los jefes y los sindicatos. Al principio, me lo tomé con esperanza y con pasión: conseguir permisos para alguna compañera embarazada, mediar con varios que me llegaron con problemas de salud serios, luchar por tener unos tiempos decentes de descanso, trabajar para que en el jodido parking quitaran la zona azul... En fin, cosas básicas.

» Sin embargo, pronto comenzó a oler la cosa a chamusquina. Ojete y Coco, los dos sindicatos principales que tenemos por allí, me ofrecieron primero suculentos beneficios si dejaba mi fogosidad a un lado y me plegaba a las cosas que ellos, *«que tenemos más capacidad y experiencia, además del suficiente realismo»*, veían importantes, que, resumiendo, son las que quiere la propiedad, a la que los trabajadores le importamos solo y exclusivamente en cuanto mano de obra racional que puede hacer cuentas empresariales a velocidades descomunales. Sí, manifestaciones manipuladas hay que hacer cada vez que a ellos les sale del papo, pero después no mueven un dedo para ayudar al que realmente lo necesita: este es el lema de esos cabrones. Les dije que no, y entonces comenzó para mí el infierno. Primero eran pequeños consejos: *«ten cuidado con lo que haces»*, *«yo que tú dejaría ese tema»*, *«eso no es propio de alguien que pretende ser parte del proletariado»*... Luego, las llamadas anónimas a las tantas de la noche, amenazando con

hacerme sufrir. Hasta hace unos días, cuando recibí en mi mesa un mensaje muy claro: «*Van a por ti. Estás avisada*». Y eso es todo.

» Por eso me he asustado mucho cuando me ha llamado mi novio para darme esos mensajes crípticos. Aunque lo primero que he pensado es que quizás se hubiera metido en un lío él, o su familia, porque hace algún tiempo que lo noto como raro... Pero claro, ahora vosotras venís y me decís esto... Total, que, si unimos los cables, lo que está pasando es por mi culpa, ¿verdad? La muerte de Raquel y de su marido... Por meterme donde no me tenía que...

- Verás, Teresa -la interrumpió Marie, levantándose y poniéndole una mano en el hombro-: tranquilízate. Ahora tiene todo mucho más sentido. Primero, esto no es culpa tuya, sino de los hijoputas de Ojete y Coco. Segundo, hay dos tipos siguiendo a tu novio, seguramente porque tenían órdenes de cogerlo y darle un escarmiento, para así acojonarte y que abandonarás lo que estás haciendo. Esto a mí me suena raro, lo suyo es que hubieran ido a por ti directamente, pero, no sé, será una consigna nueva de los sindicatos, que ya no saben ni quiénes son ni para qué están, pero tienen que ser feministas por cojones sin tener ni idea de lo que es el feminismo. En fin: que hay algo que les ha salido mal, y que descubriremos pronto. Yo creo que llegaron a la habitación del hotel buscando a tu novio, encontraron a Raquel, la cosa se les fue de las manos y acabaron matándola. Para borrar las huellas, hicieron que las culpas cayeran sobre José Alfredo;

después, posiblemente este se haya suicidado en la cárcel, desesperado ante lo que había pasado. O también puede que lo haya colgado alguien mandado por ellos, temiendo que soltara lo que no debía. Naturalmente, esto es solo una teoría. Pero...

- No comprendo -interrumpió Teresa-. ¿Por qué buscaban a Javier en la habitación de un hotel, si él, según me había dicho hace unos días, estaba haciendo un trabajo de última hora que le había salido? ¿Y cómo Raquel...? -de repente, guardó silencio.

- Correcto. No hace falta que te lo digamos, ¿verdad? -dijo Susana entonces- Tu novio no estaba haciendo ningún trabajo. Bueno, depende a lo que llamemos trabajo, claro.

- No. No puede ser -Teresa miraba a Marie y a Susana, negando con la cabeza-. Es imposible. ¿Javier? ¿Con Raquel?

- Y no era la primera vez -cortó Marie.

- No, Marie. Tienes que estar equivocada -repitió Teresa.

- Hemos estado en la escena del crimen -le informó Marie-. No hay ninguna duda de que él estuvo ayer allí, antes de venir a vernos. Hoy hemos tenido una entrevista con él, se lo hemos dicho, y no ha sido capaz de desmentirlo. Comprendo que no te lo creas, pero, por desgracia, es así. En realidad los matones estaban

siguiendo a tu novio para llegar hasta ti; tu novio fue a acostarse con Raquel al hotel, y José Alfredo, que sospechaba algo, llegó poco después, se enfadó con ella y le tiró a la cara el anillo de boda; Javier se había escondido en un armario, y luego salió corriendo. Cuando los dos que perseguían a tu novio llegaron, pillaron a tu cuñada y, no sé por qué, terminaron matándola. Esa es, muy resumida, la verdad. Y los responsables, está claro, son los que te han estado jodiendo y asustando durante este tiempo.

- No... Cómo es posible... Yo...

- Mira, ahora es necesario que te quedes aquí y no te muevas, ¿vale? -Marie la cogió suavemente del mentón con una mano, y la miró a los ojos- Hablando en plata: no tengo ni idea de lo que decirte, esto es una putada y todo eso, pero hay un par de colgados por ahí, creo que contratados a sueldo por los sindicatos que deberían proteger a los trabajadores, intentando liquidaros a ti y a Javier: han cumplido las amenazas que te hicieron. Mi compañero detective tiene controlado, espero, al cabrón de tu novio, así que no lo llames, y no cojas sus llamadas. De hecho, yo creo que, a no ser que haya alguna novedad, es mejor que nos quedemos aquí contigo...

De repente, el teléfono de Marie sonó. Era yo. Lo cogió, y respondió a lo que yo le iba diciendo, de lo que, menos mal, ni Susana ni Teresa se enteraron. Sí usted, si no ha pasado por alto la última escena del capítulo anterior.

- ... Sí, soy MARIE. MARIE, recuerda. ... Vale. Voy para allá. No hagas nada hasta que no llegue yo, ¿eh? ... ¿Qué de qué? No, te digo yo a ti que buscaban a Teresa. ... Segurísima. Si quieres te la pongo, ¿eh? ... Ya te digo. ¿Dónde estás? ... ¡No se te ocurra meterte en líos! ¿Y Javier? ... ¿Durmiendo? Ah, vale. Eso me lo tienes que contar. Voy volando. Nos vemos en diez minutos. ... -y colgó-. Lo siento, pero nos tenemos que ir. Nada grave, parece que la cosa está a punto de solucionarse -mintió descaradamente.

- ¿Que nos tenemos que ir? Pues va a ser que no -dijo Susana-. Yo me quedo. No vamos a dejar sola a esta criaturita, con el montón de barbaridades que le hemos soltado, ¿no?

- Como quieras. Eso sí: a la menor señal de peligro, salid por patas.

- Entendido -asintió Susana-. Recuerda que estás hablando con la Mujer Araña. Nos vemos en un ratito.

- Adiós -se despidió Marie, antes de salir por la puerta del dormitorio y poner rumbo a la ventana y, posteriormente, a la cornisa donde la esperaba yo.

## *Varios de los nuestros.*

Yo, después de haber acabado la conversación telefónica con Marie, seguía vigilante en mi eminente atalaya, mientras abajo, en la sala de reuniones sindical, el ambiente se estaba caldeando más que una era llena de grano en Osuna a mediados de julio, imagen de la que usted, que nació después del tiempo de la informática, no tendrá la más remota idea, y yo, que vine al mundo justo antes, no se la voy a ofrecer. La discusión que elevaba su grado de violencia allá a pie de calle era casi incomprensible para mí, pues aquellos dos contendientes, sicarios por un lado y liberados sindicales por otro, a pesar de mis monologísticas disquisiciones cornisales antecedentes, no alcanzaban un nivel de encaje mínimo en el caso que nos traíamos entre manos.

Después de unos minutos, y según los fragmentos de conversación que llegaban con cierta claridad a mis oídos, pude reconstruir la mayor parte, comenzando en el momento en que el supuesto matón de la Europa del este, al que su compañero había llamado *Yurguen*, decía que estaba muy enfadado porque los alegres portadores de banderas rojas no querían pagarle lo debido. Por su parte, el otro pistolero, que, según Yurguen, se apodaba *El*

*Tripas*, había dejado clarísimo que, si no querían problemas, tenían que pagar a tocateja. Una voz femenina, presuntamente, pensé, jefa del *Clan Ojetecocoal*, intentaba calmar los ánimos asegurándoles que recibirían lo acordado en el tiempo debido, que, curiosamente, no era aquel momento. Esto hizo que Yurguen elevase la voz y el nivel y cantidad de los insultos proferidos entre palabra y palabra, asegurando que, *Hijos de puta cabrrones de mierrda mamoness puerrcass tocacojioness*, tenían dos opciones: *o pagarr, o pagarr*. Otra voz, de tono más grave, replicó que eso había que discutirlo, porque el trabajo no estaba terminado, y que, además, habían matado a quien no debían, porque, de hecho, la misión era asustar, no matar, y que bastante tenían con intentar que las investigaciones no les salpicaran a ninguno, de lo cual no podían estar seguros; por último, añadió, estaba claro que no se podía fiar uno de vulgares criminales que no son capaces de tener sangre fría y, como consecuencia, acaban asesinando al primero que se pone a tiro, aunque sea una camarada de la clase proletaria. Esto hizo gritar al *Tripas*, asegurando que habían dejado el lugar del crimen como los chorros del oro, y que solo las huellas del estúpido cuya dirección les habían dado ellos mismos, y las del que había muerto en la cárcel, estarían por todas partes; y que, aparte de eso, ellos no tenían culpa de que la zorra a la que iban a vigilar, además de tener novio, estuviera casada, y de que le saltara a Yurguen como un gato metido en un saco en vez de estarse quietecita. La misma voz femenina de antes dijo que de qué leches estaban



hablando, el Tripas contestó que de Raquel y su novio, la voz femenina le replicó que la mujer a la que tenían que asustar era Teresa, no Raquel, y que la habían cagado estrangulando a la persona equivocada, el Tripas espetó, presuntamente a Yurguen, en forma de pregunta que si veía en ese momento que limpiarse con aquel puto papel no había sido una buena idea, y justo después se escuchó un bofetón, un grito, un *Estoy ia harrito de tonterrias*, de parte de Yurguen, un ruido como el restallar de un metal contra una placa de corcho, y un *Dónde mierrda vive essa puta de Terressa a la que teníamoss de joderr*. Otra voz masculina suplicó que sacaran el cuchillo de la mano en la que, al parecer, lo habían hincado mientras una señorita, o más bien señora, respondía que no lo sabía *Porfavor porfavorporfavor nohacedmedaño porfavortengofamilia*.

Y entonces fue cuando los hechos empezaron a sucederse en forma de cascada imparable, mientras yo iba descendiendo, con los ojos como platos y aceptando que la hipótesis de Marie volvía a ser la más plausible, desde la cornisa hasta detrás del coche de Yurguen y el Tripas para... En realidad no sé exactamente para qué hice eso, puesto que todavía tenía que esperar la llegada de mi compañera. Con el tiempo he llegado a sospechar que lo más probable es que me invadiera esa tentación tan humana de ser testigo de las calamidades ajenas desde el lugar más cercano posible, pero, al mismo tiempo, desde la seguridad del exterior de la escena.

Mientras tanto, Yurguen volvió a preguntar *Cuál es dirrección o parrto todoss putoss dedoss*, y la voz femenina suplicante le respondió, entre lloriqueos y gritos de dolor, con la información requerida, que era, concretamente, la que llevaba al piso donde vivía Teresa; al instante se escuchó un grito estentóreo que ordenaba que dejaran a esa compañera, capitalistas violentos, seguido de un disparo sordo, probablemente realizado con un arma con silenciador, y de un *¿Pero te has vuelto loco, puto asesino ruso de mierda? ¡Le has volado la cabeza!*, y su réplica, un *No ssoy rrusso, cobarrde*.

Entonces llegó Marie, me tocó en el hombro, justo desde atrás, dándome un susto de muerte que me hizo volverme y encontrármela con los brazos cruzados y muy seria; me preguntó que qué demonios pasaba, y yo acerté a preguntarle a mi vez que por qué estaban aquellos dos matando a los camaradas de Ojete y Coco, a lo que ella contestó que era una historia muy larga, y que teníamos que actuar antes de que la cosa fuera a más. En el breve tiempo que duró esta conversación se escucharon en el interior un par de disparos más y un *¡Oh Dios mío, nos va a matar a todos el cabrón!*, seguido de un *¿Pero qué haces mentando aquí a Dios, gilipollas?* y un movimiento de aceros entrecruzados justo antes de la pregunta *¿Te habías traído una navaja a una reunión sobre la no violencia?*

Por nuestra parte, después de decidir que ya estaba bien de esperar allí en mitad de la calle, nos colocamos los guantes de cuero que ya hemos visto anteriormente, y

nos dispusimos a entrar y acabar con aquello de un plumazo.

La escena en el interior era trágicamente caótica: en mitad de una habitación adornada con mensajes y carteles anarcosindicalistas se veía una señora cincuentona cuya mano estaba clavada a una mesa con la ayuda de un machete de al menos palmo y medio de hoja, y con la cabeza colgando hacia atrás, dejando al aire su gaznate abierto, del que todavía salía un hilillo de sangre, sangre que se había efundido sobre mesa, cuchillo, mano y suelo; algo más allá, lo que había sido un hombre gordo y con la camisa abotonada solo hasta debajo del pecho yacía en el piso, con un agujero en mitad de la frente, la molondra reventada por detrás y los sesos salpicando paredes y correligionarios. Tres mujeres y dos hombres, todos jóvenes, chillaban, aterrorizados, en una esquina, mientras que un señor probablemente de nuestra edad se arrastraba hacia la puerta, navaja en mano, pidiendo ayuda y dejando un rastro de flujo sanguíneo que hacía sospechar que se encontraba en los últimos estertores de su itinerario vital.

Pasado el primer impulso apetitivo que nos hacía mirar con avidez y la boca hecha agua los restos sanguinolentos del naufragio, Marie tragó saliva y se dirigió al grupo de los chillones, cogió por la solapa a una de las mujeres y le arreó, con contenida fuerza, un tortazo que hizo que se callara de inmediato.

- Eso es. Mírame a los ojos -le dijo.

- ¡No me haga daño, por favor! -suplicó la joven.

- No seas estúpida. No te voy a hacer daño. Estamos persiguiendo a los que han liado esta masacre. ¿Dónde están?

- No... no lo sé -contestó, sinceramente.

- Se han ido... por la puerta de atrás -informó un hombre, que estaba sentado al fondo, con la cabeza entre las manos, lloriqueando.

- ¿Por qué coño siempre hay una puerta de atrás? -me pregunté, sin recibir, por supuesto, contestación alguna.

En la calle se escuchó, justo después de la información del hombre y mi queja, un coche que arrancaba.

- Mierda -se lamentó Marie-. Está bien. Llamad a la policía. O yo qué sé. Me da igual. A esos dos hijos de puta los habíais contratado vosotros, ¿verdad? Para que asustaran a Teresa. ¿No es verdad? ¡Dime! -gritó a la joven a la que aún sostenía por la camiseta.

- Yo no pensaba... -dijo otra mujer, mayor y con cara de hiena, que acababa de aparecer desde las sombras y echó abajo mi anterior presunción sobre aquella voz primera que se escuchó, que yo creía ser la de la jefa del cotarro y que seguramente fuera la del cadáver de la mano en la mesa, mientras la que mandaba,

paradójicamente, parecía haber permanecido a buen refugio de cuchilladas y disparos hasta aquel momento-que iba a pasar esto. No lo sabía. Es horrible.

Entonces Marie se acercó a ella, la agarró de la quijada y la levantó por los aires.

- Así que esta es vuestra jefecilla... Seguramente tú has planeado todo esto, ¿eh? Para darle una lección a esa pobre chavala, Teresa. ¿Tú eres la responsable? ¿De la muerte de Raquel, de José Alfredo y de estos tres gilipollas que te seguían como perritos? ¡Aquí la tenéis, estúpidos! ¡La valiente, la jefa, la sindicalista madre escondiéndose como una zorra mientras los demás sufrís! ¡La asesina de los derechos de los trabajadores, de vuestros compañeros, y de los inocentes que han caído estos días!

Y, dicho esto, la tiró en medio del charco de sangre que había dejado el hombre con la cabeza abierta, y le escupió en el rostro. Luego me miró.

- Vámonos de aquí. Esta gente me da tela de asco, deberíamos darles una lección. Pero habrá que dejarlo para otra ocasión, porque antes hay que pillar a los dos matones que van camino del piso de Teresa.

- Pues sí -le contesté-. Me parece que uno de ellos, el del habla rara, el medio ruso, va de coca hasta arriba. Yo creo que lo mejor es que los esperemos por allí, y los

cojamos antes de que entren en el piso. Porque a saber por dónde han tirado...

- Esto se nos ha ido de las manos -musitó Marie, con rostro apesadumbrado, mirando alrededor-. Pero, en fin, quién iba a pensar que un joven que llegaba agobiado iba a tener detrás...

- Deberíamos estar acostumbrados, madame Marie, al surrealismo -le dije, poniéndole una mano en el hombro y sonriéndole, mientras caminábamos hacia la puerta de entrada-. No se te vaya a ocurrir venirte abajo ahora, ¿eh? Además: si no llega a ser por ti, la escabechina sería más gorda: Javier, Teresa, sus compañeras de piso...

- Venga, vamos a terminar con esto -me contestó.

Una vez lejos de las miradas de los que permanecían en la sala de reuniones, que se habían quedado sollozando por las esquinas y rodeados del silencio de la muerte, MC alzó el vuelo, y yo la seguí. Mientras íbamos de camino me aclaró, con concisión y claridad, la parte de la historia que yo desconocía acerca de los encontronazos de Teresa con los sindicatos, que habían terminado en aquel singular culmen sanguinolento, con el colgado de Yurguen despachando a varios camaradas libertarios sin, supongo, el menor cargo de conciencia. Yo, por mi parte, le añadí los detalles que tenía claros y ella desconocía,

como el no suicidio de José Alfredo o la conversación entre el Tripas y su furibundo compañero homicida.

Fuimos, por tanto, directamente hasta el barrio de Teresa, esperando que los dos gánsteres no se equivocaran y terminaran matando salvajemente a alguna otra muchacha perdida en mitad de la noche en otro bloque de viviendas de nombre similar, y aterrizamos en las cercanías del piso en el que probablemente Susana estuviera aplicando su sabiduría de madre para calmar a la heroína que se había visto envuelta, sin comerlo ni beberlo, en una historia tremebunda consecuencia del descalabro de los sindicatos, que en aquellos días alcanzaba, en ciertos ambientes, límites difícilmente superables. Narraciones como esta son, créame, simples puntas bajo las que hedían icebergs de podredumbre y estructuras mafiosas a la deriva.

- ¿Qué hacemos? -pregunté, esperando que ella tuviera la cabeza algo más despejada que la mía, o las ideas más claras.

- No sé -reconoció, muy a mi pesar, Marie-. Seguramente llegarán por el lugar que menos nos esperemos. Así que, si aguardamos aquí, en la calle, nos podemos encontrar con que se cuelen en la habitación y volvamos a llegar tarde, porque yo ahora mismo estoy con un empacho de olor de sangre tan grande, que soy incapaz de reconocer la mierda de aroma ese tan particular de los matones.

- Pues imagínate yo -dije-. Si te digo la verdad, me parece que es mejor esperar en el piso de la chavala. O no en el mismo piso, sino, no sé, escondidos en el pasillo, cerca de la subida de las escaleras y de la puerta del ascensor. No tienen más cojones que pasar por allí, ¿no? No creo que suban con una cuerda, por la ventana, en plan Batman.

- Buena idea. Además, ahora que me acuerdo, el ascensor está justo al lado de la escalera.

- Pues ya está. Esperamos allí, escondidos, procuramos tranquilizarnos y afinar la vista, el oído, el olfato y los puños, y, si pasa algo inesperado, que mucho me temo que pasará, nos liamos a zurriagazos.

- Perfecto. Adelante.

Y eso hicimos. Después de desenroscar una bombilla, romperla y dejar los fragmentos de cristal en los escalones que llegaban al pasillo, idea mía que en realidad procedía del visionado de más de una película de agentes secretos, que de algo tenía que servir esto de ser un cinéfilo, nos escondimos en el cuarto de los trastos del tercer piso, que estaba, efectivamente, junto al hueco del ascensor y frente a las escaleras, y esperamos. Y esperamos. Y esperamos un poco más, porque, extrañamente, tardaron en llegar.



Desde luego, llegaron de la forma más inesperada posible, como, una vez más, había predicho MC. O Marie. Qué lío.



## *El pirata Roberts.*

Olía a humedad desmesurada, había archeles de limpieza a diestro y siniestro, y el espacio era muy reducido. Así que, después de llamar por teléfono a Susana para decirle que estábamos allí vigilando y que, aunque escucharan silbar balas y caer chuzos de punta, por nada del mundo se les ocurriera salir al pasillo, decidimos salir del apestoso agujero, al pasillo. Abrimos la puerta, nos sentamos en el suelo y nos pusimos a dialogar animadamente, mientras aguardábamos la llegada de los violentos criminales. Alguna que otra vez MC me mandó callar con la mano, porque había creído escuchar, allá abajo, en la calle, un coche que llegaba a toda mecha, pero siempre se trataba de falsas alarmas.

- Es que no me lo puedo creer -susurré yo, en uno de esos momentos de vuelta a la conversación-. ¿De verdad estamos tan locos? ¿De verdad una gente que se supone que está preocupada por la clase obrera, todo el día con el puño en alto y cantando «*Arriba los pobres del mundo*», es capaz de contratar a dos cabrones como esos para asustar a una chavala que no le haría daño a nadie?

- Te diría que no, pero ya hemos visto que sí. El poder es el poder, L: si no, fíjate en la pareja feliz de «*Pudimos*»

y su chalé en Galapagar -reflexionó MC. Se refería a dos niños soplagaitas que se metieron a políticos indignados radicales, se las daban de revolucionariamente coherentes, y acabaron viviendo en una mansión a todo trapo, como los soplagaitas de signo contrario a los que criticaban con razón-. Y cuando algo amenaza al poder, la respuesta es un puño de hierro. Lo que pasa es que, en nuestro caso, el puño de hierro se ha vuelto contra los que lo manejaban. Y contra los que no lo manejaban. Contra todos, en realidad. Esto es difícil explicárselo a cualquiera, la verdad.

- ¿Y cómo vamos a resolverlo? -me pregunté- Quiero decir: habrá que denunciar a los sindicatos, ¿no? Aunque la cosa está difícil, porque claro está, Teresa no ha salido para nada en ninguna noticia, y si ahora hay que meterla en la investigación de la policía... Pero si no la metemos, a ver cómo explicas tú esta cadena de muertos, cuando no hay ni una huella de estos dos, el Yurguen y el Tripas, en ningún sitio. Porque en eso sí se han andado con cuidado...

- No sé. Me parece que las indagaciones en este caso, en plan lupa y pipa, han llegado hasta aquí -objetó MC-, y con esos mierdas de los sindicatos hay que utilizar otros métodos. Habrá que volver, y... ¡Escucha!

Efectivamente, se había oído algo.

- Eso ha sido un cristal rompiéndose, abajo -añadió-. Seguro que han entrado por la puerta de atrás, o han roto una ventana de la portería. Subirán por las escaleras.

- ¿Y eso cómo lo sabes?

- ¿Qué te apuestas?

- Vale. Digamos que lo sabes -acepté, qué remedio-. ¿Nos quedamos aquí, como si estuviéramos tomando el fresquito a estas horas de la madrugada?

- Adentro -dijo.

- Adentro -repetí.

Nos metimos, por tanto, en el incómodo escondrijo a esperar a que los susodichos dieran señales cercanas de vida. Se escucharon unos pasos arrítmicos que subían escalones, luego oímos pisar los fragmentos de cristal de la bombilla, y después la voz del Tripas, que mascullaba.

- Ahora vas y les pides más dinero, pedazo de mamón. ¿Pero cómo se me ocurre traerme a este desgraciado? Vamos, que al final iba a tener razón mi madre: si quieres hacer algo, hazlo...

De repente se oyó el timbre del ascensor, y una voz en off que decía aquella típica frase de *«está usted en la tercera planta»*.

- ¿Pero qué co...? -pregunté, mirando a Marie con cara de incomprensión. Marie me devolvió la misma mirada- Por cierto, has perdido la apuesta. Ascensor.

- Lo siento, no te has apostado nada -me contestó, levantando el dedo corazón.

Fuera se escuchó la voz de Yurguen, que decía algo así como *Pegarme un tiro a mí, ven aquí, te voy a arreglar esa carra de marricon que tieness*. Como respuesta, el Tripas martilleó su arma.

- Vamos -me dijo MC.

- Señor -susurré, mirando hacia arriba-, haz que no les hagamos más daño del imprescindible.

- ¿En serio? -preguntó Marie, mirándome entre extrañada y divertida, agarrando el pomo de la puerta- Vale. ¡Amén!

Entonces, en el instante que dura un parpadeo, Marie salió del escondrijo, y yo la seguí, envuelto en fregonas, cepillos y recogedores.

- Se acabó el juegucito, par de dos -dijo, señalando con el dedo al Tripas. Este, sin mirar siquiera, descerrajó cuatro tiros que la alcanzaron en pecho y estómago. Yo aparecí justo por detrás, mientras ella salía despedida contra la pared y caía al suelo, y endiñé un manotazo al tirador, con la palma abierta, que lo hizo hincar la cabeza contra el muro de enfrente. Entonces Yurguen, que venía

cojeando a mis espaldas desde el ascensor aún abierto, con el brazo izquierdo ensangrentado, colgando y terminado en un mustio muñón atado con un torniquete, me hundió la hoja de un cuchillo en el hombro, con la mano sana. En ese momento, mientras yo me dejaba caer contra la pared, tratando de sacarme el arma blanca, cuya punta salía por el pecho, Marie se levantó de su postración como un resorte, le hundió los colmillos en el gárgate desde atrás y comenzó a succionarle el preciado flujo arterial hasta que, suspirando y poniendo los ojos en blanco, el indomable acuchillador dejó de luchar y se hundió entre los firmes brazos de mi socia. Esta dejó su presa tumbada en el suelo, se levantó, se limpió las comisuras de los labios con la manga de la camisa negra y me dijo, mientras yo me sacaba el puñal:

- Buena sangre. Con un ración importante de coca. Seguro que me pega un subidón ya mismo.

Después se miró los agujeros de las heridas.

- Qué dolor. Las carnes abiertas. Pues no iba a ser tan fácil esto de ser detective, no -se quejó.

- Joder, qué estropicio te ha hecho. Voy a ver si están dentro. Anda, vuélvete -le dije. Se quitó la gabardina negra, y le abrí la cremallera posterior del corpiño rojo-. Veamos... Aquí tienes tres orificios de salida, uno por encima de la barriga, otro más o menos por la zona del hígado, y otro... esto debe ser la parte del riñón. ¿Lo sientes? -introduje el dedo por la abertura.

- ¡Tío, me haces cosquillas! -exclamó, molesta- ¿Y el del pecho?

- Lo siento, pero esa se te ha quedado dentro -le respondí, tratando inútilmente de buscar un cuarto orificio a lo largo de la espalda.

- Qué putada. En fin, ya saldrá por abajo, qué vamos a hacerle. Anda, cierra. ¿Y tú, cómo estás?

- Rabiando, el hijoputa me ha atravesado desde detrás del hombro al pezón. Pero bueno, en unos minutos seguro que se pasa -respondí, tocándome la zona herida-. Además, hay que mirarlo por el lado bueno: a mí no se me va a quedar el arma dentro.

- Cállate, anda -me dijo, tosiendo y tocándose el pecho con el rostro dolorido- Joooooooooder, qué subidón, tú. ¡Yepa!

- Compórtate, niña -le recomendé, cogiéndola por los hombros-, que son las tantas de la madrugada, y a ver cómo le explicamos a los vecinos que salgan al pasillo la barahúnda que tenemos montada aquí.

- Coño, es verdad. Madre mía, cómo iba de puesto el tíoooo... -me susurró, con una sonrisa de oreja a oreja.

Después de subirle la cremallera y esperar unos minutos a que las aberturas variadas fueran cicatrizando, cogimos al matón parlanchín, lo atamos y amordazamos y, antes de que alguien saliera a protestar a causa del



ruido, ya que la escaramuza, a pesar del silenciador de la pistola, había debido sonar a regreso nocturno de fiesta loca, cargamos cada uno a un sujeto, salimos por la ventana y, desde la calle, tocamos en el cristal del dormitorio de Teresa y entramos, por supuesto, simulando que habíamos llegado hasta allí haciendo equilibrio por la cornisa.

- ¿En serio? -preguntó la joven- ¿Qué sois, una especie de agentes cero cero siete?

- Pffff, no sé qué decirte. Yo soy más de Bourne, Jason Bourne -contesté.

- Muy gracioso. Madre mía, cómo os habéis puesto de sangre -susurró, con tono exclamativo-. ¿Estáis bien? Me ha parecido escuchar, yo qué sé, porrazos gordos.

- Estamos perfectamente -dijo Marie, intentando disimular, con el abrigo largo, también agujereado por detrás, los boquetes de las balas en el top-. En serio, estamos de putísima madre. En fin, no se nos ha ocurrido otra cosa mejor que traer a estos dos aquí, pero ya no son un peligro. ¿Qué hacemos con ellos?

- Mira, el Tripas está despertando. Al otro le va a costar más -dije, mirando a Susana, señalando a Marie y tocándome un colmillo.

- Pues sí, seguro que sí. Ha debido perder tela de sangre -asintió Susana, levantando las cejas.

- Sangre y más cosas revueltas -añadí, tapándome una fosa nasal y respirando con fuerza por la otra-. Pero lo que uno pierde, siempre hay alguien que lo gana, ¿eh? Como aquella noche loca en el almacén de Marbella, ¿te acuerdas? -la noche marbellí forma parte de una aventura en la que la conocimos a ella, primero bajo el nombre de Sofía y luego como sorprendente agente infiltrada en un grupo mafioso, hacía ya veinte años, y que acabó de una forma narcóticamente explosiva.

- Ya te digo -susurró Susana, sonriendo, y luego le dio un codazo a Marie-. Subidón total, ¿eh, amiga?

- Oye, ya vale -protestó esta-. Que el imbécil este nos está escuchando. Y tus amigas -se dirigió a Teresa- se van a levantar y nos van a pillar con las manos en la masa.

- Oh, no hay problema. Hace un ratito ha pegado la Conchi en la puerta -contestó esta-, pero le hemos dicho que estamos aquí de fiesta en plan tranquileo, igual que ellas estuvieron anoche. Así que no te preocupes por eso.

El Tripas abrió los ojos, miró alrededor y refunfuñó. Desde luego, no esperaba ver las veladas figuras de una embarazada, dos mujeres y un tipo blanquecino mirándolo fijamente, en medio de la oscuridad de la habitación, ya que Teresa acababa de apagar la lamparilla. Habló Marie.

- Bien, bien, bien -comenzó, dando un paseo por el lugar-. Aquí tenemos a uno de los dos valientes matones

enviados por los sindicatos para asustar a nuestra amiga Teresa. Teresa, el Tripas. El Tripas, Teresa.

- Hijoputa -le espetó esta, dándole un soplamocos en plenos morros.

- Te podemos llamar así, ¿no? -prosiguió Marie- El Tripas. O el Morcillas, o quizás el Barrigones, ¿no?

- Mmmh mh mmmh -contestó el Tripas, aún amordazado.

- Oh, vaya. Dejad que hable, por favor -sugirió Marie. Le quité el calcetín de mi pie izquierdo, que era lo que llevaba como mordaza.

- Qué asco -se quejó, escupiendo en el suelo-. ¿Quiénes sois? -preguntó- ¿Quién te ha dicho que me llamo así? Sois la pareja del semáforo, ¿no?

- Probablemente, pero eso da igual, Tripas. Eso sí: habla bajito, ¿vale? No queremos despertar a nadie, y, si no me haces caso, te tiro por la ventana y digo que ha sido un accidente. De todas formas, dentro de muy poco os van a buscar por asesinatos múltiples.

- No creo -contestó el hombre, sonriendo-. Los dos llevábamos guantes, y no hemos dejado ninguna huella.

- Ya lo sé, listorro. Pero eso vamos a arreglarlo en un abrir y cerrar de ojos -le contradijo Marie. Se llegó hasta él, le enseñó la pistola ,que había cogido del suelo en el

pasillo, le quitó un guante y le hizo cerrar, dedo a dedo, la mano sobre la culata, mientras el tipo se quejaba inútilmente.

- Pensabas que eras un tiarrón fuerte, ¿eh, Morcillas? Y resulta que una jovencita que no ha ido al gimnasio en su puñetera vida hace contigo lo que quiere. ¡Qué mal! -se burló Marie- Y todavía no hemos terminado, ¿sabes? Queda mucha noche, y tenemos que dar por lo menos un par de vueltas hasta que esas huellas tan chulas estén en todos los sitios donde deben estar. No te preocupes.

- ¿Cómo coño has sobrevivido? Te he pegado por lo menos cuatro tiros -dijo él.

- No lo sé. A lo mejor no me has dado, o a lo mejor tengo puesto un chaleco antibalas, o a lo mejor tengo superpoderes y me llamo Colmillona -no pude evitar que se me escapara una carcajada.

- Muy graciosa -refunfuñó el matón.

- O a lo mejor... ¡Espera! Joder, Edgar, me están entrando arcadas. Ayúdame -me dijo Marie, llevándose la mano al estómago. Comprendiendo lo que le pasaba, me puse detrás de ella, la cogí por el vientre y apreté un par de veces o tres-. Ya está, ya está. Gracias.

Entonces le enseñó la mano abierta al Tripas, luego expectoró repetidamente, se metió los dedos en la boca y sacó la bala que tenía dentro.

- Al final ha salido por arriba -dijo Marie, enseñándomela-. Mucho mejor que por el otro agujero, la verdad.

- ¿Cómo... cómo ha hecho eso? -preguntó, anonadada, Teresa.

- Bourne, Jason Bourne. Ya sabes -le susurré yo.

- ¿Qué... eres? -preguntó, igualmente sobrecogido, el Tripas.

- Verás, coleguita -continué yo-. Ahora nos vas a decir quién exactamente os contrató, de los que estaban en aquel bajo, si es que era una de aquellas personas. Y, si no nos lo dices, yo mismo me voy a encargar de que descubras lo que es el sufrimiento. *«Primero te cortaré los pies por los tobillos. Luego, las manos por las muñecas. Luego la nariz, y tras ella, perderás el ojo derecho, seguido del izquierdo»...*

- Quillo, eso es de una película, ¿no? -me cortó Teresa.

- Vaya, joven. Es usted una cortarrollos -le respondí-. Sí, lo he sacado de *«La Princesa Prometida»*. Pero, de todas formas, iba en serio, ¿eh? No era una forma de hablar, ¿vale?

- Ya. La vi la semana pasada. De esas antiguas, pero una maravilla. Me encantó -me susurró ella, riendo.

- ¿En serio? ¿«*La Princesa Prometida*»? -Susana me miró con la nariz arrugada, las manos abiertas y los hombros encogidos.

- No os creo. No sois de esa gente que corta pies y manos. Eso es cosa de Yurguen -replicó el Tripas.

- Bueno, está bien -y, sin más, le cogí una mano, que aún llevaba atada a la espalda, y se la retorcí hasta que un pequeño grito se elevó de su garganta.

- ¡Vale, vale! ¡Estás loco, tío! -exclamó, asustado- ¡Fue la vieja!

- No llames tío, cabrronasso -le respondí.

- ¿Pero cómo... cómo sabes eso? -preguntó, mirándome aterrorizado.

- La vieja -dijo Marie-. Más o menos ya lo sabíamos. Pues nada, hay que ir a por ella. Bruja cobarde de mierda...

- En fin. Esto ya está. Ahora, duerme -le susurré al Tripas al oído, y le arreé otro guantazo en plenos hocicos que lo devolvió al reino de los sueños.

- Bueno, quedaos por aquí -dijo Marie-. Cuando hayamos terminado de arreglar las cosas, venimos, nos tomamos un algo y nos despedimos, que ya está bien de pasarlo mal. Todavía tenemos que recoger a tu novio...

- Ex-novio. Lo he mandado a la mierda por Whatsapp - la corrigió Teresa. Lo de Whatsapp era otra forma de comunicación absurda, con la que la gente se escribía mensajes de todo tipo para, en el fondo, no decir nada. Hoy se sigue haciendo lo mismo, naturalmente, con medios distintos, pero no me dirá que no le suena. Aunque ocasiones como aquella eran, sin duda, la excepción útil que confirmaba la regla: mandar a la mierda a un novio de mierda.

- Buena idea. Yo hubiera hecho lo mismo -asintió Marie-. Pero da igual: de todas formas tenemos ir a por él, hacer que nos pague lo que nos debe, y convencerlo para que confiese que estaba en el piso follán... Bueno, eso. Y antes vamos a pasarnos por los sitios de los crímenes, para colocar las huellas de estos mamones y hacer que la vieja responsable de todo esto, a la que llaman, muy malamente, sindicalista, pague también por sus pecados. Un par de horitas, y estamos de vuelta.

- ¿Un par de horitas para hacer todo eso? Ni de coña - objetó Teresa.

- No te preocupes. En un par de horas están aquí. Lo sé, parece sorprendente, pero tienen razón. Ya sabes: Dupin, Marie Dupin -le dijo Susana, guiñándonos un ojo después-. Total, que al final la noche ha sido más tranquila de lo que esperábamos, ¿eh, pequeñín? -añadió, dirigiéndose al niño no nacido que intentaba descansar dentro de su vientre.

- Por cierto, es un coñazo ir cargando con estos dos. Podríamos cortarles una mano, o unos pocos dedos, y sería más rápido -sugerí.

- Mi querido Edgar -respondió Marie-, coge al Yurguen, y tira. Que ya hemos visto bastante sangre por hoy.

Así pues, acarreamos los dos sacos de carne violenta, salimos del piso, ya que Teresa se empeñó en acompañarnos hasta la puerta, y luego alcanzamos el aire abierto a través de la ventana del pasillo, que seguía de par en par, rumbo a la habitación del primer asesinato, donde dejamos constancia de la presencia de los señores Tripas y Yurguen a base de sucesivas impresiones de sus dedos sobre suelos, paredes e incluso techo. Después, mientras MC iba recuperando la serenidad, seguimos nuestro recorrido, que nos llevó al bajo de los horrores, donde esperábamos que la policía no hubiera llegado aún, y de donde, igualmente, confiábamos que los compañeros sindicales, compungidos por las muertes de sus estimados colegas, no se hubieran largado todavía.



## *La malvada bruja y sus monos.*

Si alguien me preguntara hoy, después de casi siglo y medio de existencia, qué escena se encarama hasta la cumbre de lo inesperado dentro de mis memorias, una de las candidatas, sin duda, sería la que estaba sucediendo en el salón de los gremios teóricamente rojizos a la avanzada hora nocturna en la que nos posamos frente al portal.

Habiendo escuchado voces variadas, y comprobando que no había policía, lo cual era señal de que nadie allí había denunciado homicidio alguno, decidimos entrar, Marie por delante y yo por la puerta trasera, que daba a un callejón que salía a la calle Tomás Heredia, para evitar que ninguno de los que aún permanecían allí dentro pusiera pies en polvorosa. Así pues, aterricé en la intersección entre el callejón y Blasco de Garay, pretendiendo llegar a pie hasta la pequeña portezuela de atrás cuando, oh sorpresa mayúscula, descubrí a la malvada bruja del Ojete comandando un serio intento para hacer desaparecer los cadáveres de sus subalternos caídos. Cuando me vio llegar caminando, con Yurguen al hombro, se descompuso, literalmente hablando, y tuvo que ingresar rápidamente en el habitáculo para alcanzar a duras penas el retrete.

No fue menos sorprendente descubrir que nadie se había movido del lugar, y que este se encontraba sin resto alguno de la masacre que había sufrido hacía poco más de una hora. Antes, sin embargo, de abandonar la calle y meterme en el salón de marras apunté con mi índice, sin mediar palabra, a los miembros del grupeto dinamizador de vacíos aquelarres proletarios añejos que quedaban en el exterior del recinto, invitándoles a entrar por la misma portezuela que había usado la vieja del apretón, cosa que hicieron como si fueran corderitos. Dentro del limpiecillo, como he dicho, aposento estaba ya Marie poniendo orden, tan sorprendida como yo. Así pues, a una señal sacaron, con pasmosa obediencia, quizás debida a que los que se lo ordenábamos portábamos a hombros los inconscientes cuerpos de sus asesinos, los cadáveres que habían sido introducidos en el maletero del coche que esperaba en el callejón, y los colocaron exactamente en los lugares que ocuparan en nuestra anterior visita: la de la mesa, allí mismo, con la mano nuevamente atravesada por el cuchillo de matar guarros; el que se había desangrado pidiendo ayuda, en tal postura, y el pobre hombre de la cabeza abierta, justo en el lugar donde había caído. Hecho esto, que supuso, por parte de los pijos progresistas luchadores por los derechos de la mano que les daba de comer, o sea, la de los empresarios, más de una vomitona acompañada de llanto y rechinar de dientes, y habiendo ya salido del inodoro, donde había purgado largamente su cagalera, la señora jefa, todos nos sentamos. Entonces, antes de iniciar conversación alguna, Marie y yo mismo nos encargamos de dejar la pistola con

las huellas del Tripas y, en aquel momento, también del Yurguen, en el suelo, y de adornar el escenario con otras marcas acusadoras acá y acullá. Como colofón, tendimos a la pareja de verdugos en el centro de la reunión.

- De aquí no se va a ir nadie -dijo Marie-. Si hemos sido capaces de reducir a estos dos hijos de mala madre a la piltrafilla que estás observando con asombro, imaginad lo que haríamos con vosotros, monos gilipollas. Así que, por favor, no ponednos en el brete de tener que usar la fuerza, porque, sinceramente, no nos haría gracia.

- Por favor, dejádnos marchar. Nadie tiene por qué enterarse... -comenzó a lloriquear la vieja.

- Cállate, putón -le repliqué-. Todavía hueles a alivio de descomposición aguda, o sea, a diarreazo.

- ¡Por favor, un poco de respeto! -me soltó uno de los jóvenes.

- Ninguno, chaval -le espeté, a su vez-. Cállate tú también. Y haz el favor de escuchar, que no son horas de gritar.

- Veréis. Os vamos a decir lo que va a pasar ahora -dijo Marie-. Edgar: el charlatán se está despertando -observó, señalando al Tripas.

- Vale -le dije. El Tripas me miró con ojos vidriosos, acertando a decir antes de recibir un puñetazo que le partió la nariz y lo volvió a dejar seco otro rato:

- ¡No, joder, otra vez no!

Un murmullo se elevó de las gargantas de varios de los presentes.

- Eso es solo un ejemplo de lo que mi escuchimizado compañero de fatigas puede hacer, así que os sugiero que no os dejéis llevar por las apariencias -dijo Marie. Y siguió-. Como os decía hace nada, ahora va a pasar esto: voy a llamar a la policía con tu móvil -y señaló a la vieja, que, viendo que no quedaba otra, le acercó su teléfono táctil entre gruñidos de reproche- para informarle de lo que ha ocurrido aquí. Por supuesto, me voy a tener que inventar una parte, pero, en fin, vosotros vais a confirmar todo lo que yo diga ahora porque, como soléis decir en vuestras mascaradas callejeras, *«si esto no se arregla, guerra, guerra, guerra. Si esto no se apaña, caña, caña, caña»*. Eso en primer lugar. En segundo, vais a dejar tranquila a Teresa. Porque si a ella le pasa algo, o tiene algún otro problemilla en el trabajo, o si a alguien se le ocurre negar lo que ahora le diga yo a la poli, vamos a retaros a un duelo a sufrimiento: primero os cortaremos los pies por los tobillos. Luego, las manos por las muñecas. Luego la nariz, y tras ella, iréis perdiendo el ojo derecho, seguido del izquierdo... ¿Ha quedado claro?

- *«Es inconcebible»* -le susurré al oído.

- Yo también soy capaz de acojonar a base de citas del pirata Roberts, ¿ves? -me susurró ella.

Nadie, desde luego, se atrevió a replicar nada, o a tomar a broma nuestras palabras, después de lo que habían observado.

- Eso es un sí, desde luego -aceptó Marie-. Un consejo, para terminar: yo que vosotros me dedicaríais a otra cosa, y no a hacer el pampalinas lamiéndole el culo a aquellos contra los que se supone que estáis luchando, y haciendo caso a cobardes como esta -y señaló a la bruja con cara de hiena-. Pero bueno, no me voy a poner a daros ahora discursos morales, porque, sinceramente, no es lo mío. Yo soy una simple detective de casos que, de ahora en adelante, espero que sean algo más facilitos.

Dicho esto, llamó a la policía.

- ¿Es la policía? -preguntó, con un tono de voz terroríficamente suplicante- ¡Oh, Dios mío, tienen que ayudarnos! Soy sindicalista, estábamos reunidos y, hace poco más de una hora, han llegado dos matones y han asesinado a tres de nuestro grupo. ¡Nosotros los habíamos contratado para que le dieran un escarmiento a una trabajadora que no nos hacía caso, pero se han vuelto locos! ... ¡Sí, contratados, eso es! ¡Antes de exigirnos un rescate y matar a nuestros tres camaradas, han confesado que ayer estrangularon a una señorita en un hotel, que no tenía nada que ver con todo esto! ¡Y han venido hasta aquí a por nosotros! ... ¡Están muertos, pobrecillos, es horrible! ¡Luego se han peleado entre ellos, no sé, se ve que estaban drogados, y se han molido a palos el uno al otro! ¡Estamos muertos de miedo! ... Sí, joder, estoy

acusándome de que soy cómplice. Por cierto, hemos fregado la sangre y eso. ... ¡Es que no sabíamos lo que hacer! ... ¡Porque no tendríamos que haberlo hecho! ¡Esto ha ido demasiado lejos! ¡Estamos atrapados en el bajo de un edificio, con tres cadáveres y dos asesinos inconscientes! ¡Vengan, por favor! ¡Sí, les doy la dirección! ¡Oh, Dios mío, creo que están despertando!

Les dio las señas, y colgó. Efectivamente, era un discurso con agujeros variados, pero quedó medianamente claro que los del sindicato del crimen no harían otra cosa que no fuera secundarlo, ya que, después de asegurar las mordazas del Tripas y el Yurguen, los dejamos allí confinados y cerramos ambas puertas, desenchajándolas luego a puñetazos para que no hubiera manera de abrirlas desde dentro. Y, en el fondo, sabían que podríamos volver en cualquier momento si no cumplían su parte.

El siguiente paso era, como usted habrá seguramente adivinado, visitar al simpar Javier Sánchez Cuadrado. Gracias al cielo no hubimos de cargar con el pesado fardo de los dos ya familiares forajidos, aunque no todo fue fácil, ya que, si bien nos encontramos en las postrimerías de nuestra aventura, nada de esta consistió en coser y cantar, qué quiere que le diga. Vale, seguramente tampoco sabe lo que es coser, porque a estas alturas del siglo veintidós aquellas labores se han olvidado en algún cajón del pasado. Pues cante entonces.

Ingresar hasta la habitación del joven fue lo más normal que habíamos hecho en los últimos días: saludar a la misma canija de la portería que me había dado la llave horas antes, y que me soltó un sorprendido «*Y parecía tonto*» al verme pasar de nuevo, acompañado de Marie, hacia el aposento, sin que, por cierto, hubiera bajado antes; subir las escaleras, meter la llave en la cerradura y abrir la puerta. A partir de ahí, la cosa se complicó: nuestro apuesto, según Marie, bobo joven mediopagador había decidido huir del lugar, aunque no contó con el tope, en forma de taco de madera, que había yo dejado en la parte exterior de la ventana, y que impedía la apertura de esta y, consecuentemente, la salida completa del sujeto en cuestión.

Por consiguiente, hallábase nuestro huidizo amigo con los pies colgando por dentro, el tronco y la cabeza por fuera, y con el sentido perdido, consecuencia de la inútil lucha por volver a entrar o terminar de salir, ambas llevadas a cabo con la misma infructuosidad, y que habían acabado por agotar sus mermadas fuerzas.

Quitó Marie el tope desde el exterior, utilizando el ya tradicional medio del vuelo a través de la ventana del pasillo; metimos el exánime cuerpo, lo colocamos sobre la cama y procedí a introducirle en el orificio parlante un par de azucarillos que, quizás como recuerdo de mis días diabéticos prevampíricos, o más comúnmente como alimento para mis víctimas, llevaba habitualmente en un bolsillo del pantalón. Al cabo de poco tiempo volvió en sí,

nos miró con confusión y, al darse cuenta de la situación, procedió a emitir un suspiro desilusionado.

- Y bien, Javier -le dije, probando suerte y acertando de pleno-, supongo que has recibido el mensaje de tu ex-novia y estabas dispuesto a hacerle una visita para, no sé, probablemente ponerte de rodillas y pedirle que volviera a ser tuya, ¿no?

- La necesito. No puedo vivir sin ella -musitó, mirando al suelo.

- Me parece muy bien. Pero el tema no es ese. El tema es, lo primero de todo, que ella no te necesita a ti, si es que has comprendido bien lo que has leído en el mensajito -continué-. Aunque no estamos aquí por eso, machote. Verás: tus huellas están por todas partes, como ya sabes, en la escena del crimen. Probablemente hay pelos tuyos en la bañera, restos de fluidos variados esparcidos por sábanas y paredes, y, en fin, rastros de tu presencia fuera y dentro del cadáver de tu cuñada -el joven me miró, aterrorizado-. ¿Qué quieres, hombre? Así es la vida, haberlo pensado antes. Ya te lo avisamos: si la policía o la guardia civil todavía no te está buscando es porque las pruebas que recogieron anoche no están analizadas, pero no tienes escapatoria posible. De todas formas, lo que nosotros queremos es que, después de pagarnos como Dios manda, a no ser que desees que te demos una considerable manta de bofetones en cara y cuerpo, te vayas en plan tranquilo para tu casa. Allí recibirás, si un milagro no lo remedia, la pertinente



citación de las autoridades. Pues bien: cuando llegue este momento, recuerda contar la pura verdad, sin nombrar para nada, y esto es lo verdaderamente importante, a tu ex-novia Teresa, a no ser que la pasma te lo pregunte muy concretamente de esta manera, enseñándote su foto y diciéndote: «¿Conoce usted a esta mujer?». Si esto pasa, dirás que sí, que erais novios, pero que se enteró de tus juegos ardientes con Raquel y, por tanto, te abandonó, y que eso pasó antes de los hechos en cuestión. ¿Te ha quedado claro?

- No quiero hacer eso. ¡No pienso mentir así! -gritó, desconsolado, Javier.

- Perdona, guapetón -le dijo entonces Marie:- llevas mintiéndole a Teresa, a tu hermano y a toda tu familia, no sé, seguramente muchos meses. Así que, si no haces eso, los dos sicarios que han matado a tu cuñada, han mandado asesinar a tu hermano, han reventado a tiros a tres sindicalistas variados y han estado a pique de pillarte, de no ser por Edgar, que te encontró primero y te trajo hasta aquí, serán el menor de tus problemas. Porque, si decides no colaborar, o mentir de un modo distinto al que te hemos ordenado, o decir cualquier cosa que nos implique en esto a Teresa o a nosotros dos, es muy posible, pero muy posible, que te encuentres a los jefes de Yurguen, el más asesino de los dos pistoleros que, a estas horas, deben estar ya caminito de chirona, tras tu apestoso rastro. ¿Y qué les pueden hacer, Edgar? -me preguntó, guiñándome un ojo.

- Oh, harán contigo, te lo aseguro, *«un duelo no a muerte, sino a sufrimiento»* -contesté, declamando con mucha seriedad-: primero te cortarán los pies por los tobillos. Y luego... -con un gesto de la mano, pasé el turno a Marie.

- Luego -siguió Marie-, las manos por las muñecas. Luego la nariz, y tras ella, perderás el ojo derecho, seguido del izquierdo... -y ella, con el mismo gesto, me volvió a pasar el turno de voz a mí.

- Eso sí -terminé yo-: *«conservarás las orejas, para que puedas escuchar los gritos de los niños cuando vean tu horrible aspecto»*.

- Y no querrás que eso pase, ¿verdad? -apostilló mi compañera-, porque sería algo absolutamente inconcebible.

Javier se puso rojo como un tomate cuando, después de estas palabras, Marie le zampó un beso en la boca. Yo no traté de emularla porque, en fin, no se me pasó siquiera por la cabeza, así que esperé la reacción. Esta, de todos modos, no se hizo esperar.

El joven, con la cabeza gacha, se metió la mano en el bolsillo, sacó la cartera, cogió doscientos euros y me los dio.

- No quiero volver a veros. Estáis locos -nos dijo, gimoteando.

- Ahí llevas razón, pero no te preocupes. Nosotros tampoco a ti. Así que espero que recuerdes todo lo que te hemos dicho. Si no, allí estaremos, seguro, nosotros, Yurguen o su jefe. Y en esa ocasión ninguno te daremos un muerdo -le contestó Marie, ofreciéndole la llave de la habitación-. No te preocupes, está pagada. Para que veas que no somos tan cabrones como crees.

Dicho esto, salimos de la estancia, bajamos, alcanzamos la calle y volamos rumbo al piso de Teresa. Allí nos esperaban las dos mujeres. La joven sacó, del mueble bar del comedor, una botella de güisqui, llenó cuatro vasos, y brindamos por el nuevo momento que se abría en su vida. Nosotros solo lo probamos, por razones que serán explicadas justo después de que hayamos llegado a nuestro piso, en unas páginas.

- Y bien, aquí se separan nuestros caminos, por lo menos por ahora -dijo Marie-. Me has caído bien, Teresa. Cuídate, y no te metas en líos. Con los sindicatos no creo que tengas más problemas, pero procura ser un poquito más prudente, y un poquito menos temeraria. Seguro que te va mejor.

- Y, si Javier te ronda de alguna manera, llámanos, por favor -añadí-. Estamos disponibles desde la puesta de sol hasta el amanecer. Todas las noches.

- Muchas gracias, «*El Cuervo*». Ha sido todo muy rápido, pero tenéis pinta de buena gente -contestó ella-.

Y, no sé, seguramente tendréis mi edad, pero parecéis más mayores por dentro. No sé si me explico.

- Te explicas perfectamente -dijo Susana, riéndose-. Cualquiera diría que son unos cuarentones, como yo, viviendo en cuerpos de chavales, ¿eh? Desde luego, poca gente de vuestra edad es capaz de recitar de memoria, como amenaza, esa frase de cortar los pies, y las manos, y la nariz, y los ojos. Es más de carrozas ochenteras como yo, ¿eh?

- Ya te digo. Muy graciosa -murmuró, con una sonrisa más falsa que una moneda de madera, Marie-. De hecho, creo que podríamos adoptarla como lema, para decirla de memoria en esos momentos en los que hay que ponerse duros. Estaría bien, siempre que los que tengamos enfrente no sean frikis como Teresa y nos jodan el invento, ¿eh, Edgar?

- En fin. A eso solamente puedo contestar «*como deseas*», está claro -asentí, con las mismas palabras de Westley ante la princesa Buttercup. Que sí, que seguíamos refiriéndonos a aquel cuento audiovisual postmoderno que tiene ya más de cien años. ¿A que nunca ha conocido usted a ningún vampiro tan pintoresco como el narrador y su amiga?-. Y hablando de otra cosa, ¿tú cómo lo llevas, Susana? Porque te has tirado aquí, entre unas cosas y otras, casi toda la noche.

- Oh, nosotros dos muy bien -contestó Susana, acariciándose el vientre-. Hemos pasado aquí una velada

estupenda, con el susto de los ruidos del pasillo, pero vamos, la compañía ha sido inmejorable. Ya he quedado en verme de vez en cuando con Teresa, es una chavala apañadísima. Ahora mismo, la verdad, estoy cansada, así que habrá que irse despidiendo, ¿no? Hasta cuando nos veamos, niña, que espero que sea pronto.

- Adiós. Y gracias por todo -dijo Teresa.

- Pues sí. Vámonos volando, que hay que descansar y ya no queda mucho para el amanecer -sugerí-. Cuídate, chiquilla.

- Buena idea. Adiós, Teresa. Nos vemos cuando quieras -saludó Marie.

Así pues, después de los besos de despedida salimos los tres, cerrando el dormitorio a nuestras espaldas, alzamos el vuelo, MC llevó en brazos a Susana hasta su piso, la dejamos allí, saludamos a JL, que lamentó no habernos podido acompañar en aquella aventura, y volvimos a casita.

Así terminó aquella primera incursión en el mundo de la investigación privada. Nadie se enteró, públicamente hablando, de nuestra labor en el caso, que quedó cerrado por la policía, tras nuevas pesquisas, con unos resultados no demasiado alejados de lo que había sucedido en la

realidad. De hecho, el Tripas y Yurguen acabaron en la cárcel acusados de homicidio múltiple, aunque entonces se descubrió que Yurguen en realidad se llamaba Paco, y no era de Bielorrusia ni de ningún lugar de la Europa del este, sino de Valencia, y que había llegado hasta Málaga huyendo de la justicia por sus conexiones, eso sí, con la mafia rusa, por lo cual había decidido imitar, de una forma bastante burda, pero, hay que reconocerlo, resultona, el deje y los movimientos de sus maestros del crimen. Javier tuvo que ir a juicio como testigo, aunque no fue investigado por ningún delito más allá del que había cometido; por tanto, cargó con la vergüenza de su infidelidad pública y el escándalo del que se hicieron eco su propia familia y la de Raquel, al salir a la luz que los homicidios habían sido causados indirectamente por su vergonzosa actuación. En cuanto a los sindicalistas, todos fueron expulsados de Ojete y Coco, aunque poco después, por esos movimientos excrementales propios de la política, experta en pasar boñigas de un trasero a otro, fueron acogidos en otra de las muchas sucursales de aquella empresa pública de ramificaciones inmensas que era, y sigue siendo, el poder, da igual el signo o la tendencia que proclame. Eso sí: la malvada bruja del Ojete tuvo que pasar un tiempo a la sombra, culpable de ser el cerebro de la operación que acabó con cinco muertos a sus espaldas.

En cuanto al final de la velada, llegamos al piso, nos dimos una ducha, revisamos mutuamente nuestras

heridas ya curadas casi en su totalidad para asegurarnos de que no habían quedado secuelas dignas de mención, en la piel o debajo de ella, y nos dispusimos a despedirnos hasta el siguiente atardecer.

- Hasta luego, madame Marie Dupin. Ha sido un placer trabajar a sus órdenes en la solución del insólito caso del cuñado y el armario.

- Hasta luego, monsieur Edgar García. Además de un placer, y del peligro que ha acarreado, y que, en el fondo, me gusta, ha sido divertido, ¿verdad? Echaba de menos estos ratitos.

- En fin. Confíemos en que lo próximo que nos llegue sea más normal.

- Lo veo difícil. Es un sino que llevamos encima. Tendremos que apechugar con ello, así, como venga. A todo esto -chasqué los dedos-, debe quedar algo de vino en la nevera, ¿no?

- ¿En serio? -pregunté, señalando la luz que entraba por las esquinas de la persiana del comedor, signo de que el astro rey estaba ya recorriendo su camino- Es de día. Pero, en fin, una última copita no nos va a hacer daño. Lo de siempre: brindamos, bebemos, nos sube del tirón, y la meamos.

- Eres todo un poeta -ironizó MC, camino de la nevera-. Aquí está. Hay para dos copas, y a lo mejor sobra y todo. ¿Te apetece, o no?

- Que sí, mujer, la ocasión lo merece -respondí.

Sacamos, pues, dos copas, llenamos y las alzamos.

- Quiero brindar -dijo, mirándome muy fijamente- por la crisis de los cuarenta.

- ¡Venga ya! -protesté- ¿Todavía no te has olvidado de aquello? A mí me da vergüenza cada vez que me acuerdo.

- Déjame terminar, gilipollas -me cortó-. He pensado mucho en la tontería de aquel despertar, cuando empezamos con la idea de «*El Cuervo*». Y tengo que reconocer que, en el fondo, no me disgustó... del todo. Porque, no sé, puede que estemos en un momento duro. De hecho, como tú dijiste un poco después, me parece, y he pensado mucho en ello, que es mi crisis de los cuarenta la que nos ha hecho detectives. Pero, en fin, estamos pasando esto juntos, como amigos, ¿no? Y, total, siempre es mejor que te enamores de mí, que acabar de flor en flor con cuatro niñas que no te llevan a ningún lado. O al revés, que a mí también me ha pasado alguna vez, ¿no? Me acuerdo de aquellos meses, con el chaval aquel, Grabi, que al final resultó que estaba como una puta cabra... En fin, que me pierdo: es verdad, somos una pareja de lo más rarísimo del mundo. A cualquiera que se le cuente, te dice del tirón que es mentira. Un par de espectros chupasangres que viven juntos, son amigos y, con estas crisis y todo, se respetan. Terrorífico.



- Está bien -dije yo, sorprendido y emocionado a partes iguales ante el repentino efluvio romántico de MC-. Por «*el cuarentazo*», como dice el papa Francisco. Si esto es la crisis de la mitad de la vida, imagínate lo que será la de los cien años, encerrados en esta cara de veinticinco. Una locura. Habrá que pasarla también juntos, si Dios quiere.

- Esto se merece música, ¿no? -me preguntó, chasqueando los dedos.

- ¿A mí me lo vas a decir? Dale al *play*, anda -y, como si hubiera estado ahí para la ocasión, comenzó a sonar «*Pure Morning*», de Placebo, a toda voz. Se me pusieron los vellos como escarpas-. La canción perfecta para un amanecer como este. ¿Seguro que no la tenías preparada?

- Te juro que no -cantó, mientras comenzaba a contonearse en el aire al ritmo de la música. Y me lo ha vuelto a repetir cada vez que hemos hablado de aquel momento, así que, qué quiere que le diga, debió ser verdad-. Arriba esa copa. Por nuestra amistad, para que no acabe nunca.

- Amén, amiga -respondí, levantando también el vuelo.

Y así terminó aquella noche: brindamos, bailamos, apuramos el vino, nos sentamos un ratito hasta que se nos pasó el cebollón que llega, en nuestro caso, hasta el

fondo del fluido sanguíneo *ipso facto*, y procedimos después a evacuar los restos vía uretral.

- Oye, muchas gracias -le dije, antes de ir a planchar la oreja-. Sigues siendo muy buena gente, después de tanto tiempo, ¿sabes?

- Psé. O a lo mejor es que ya te has acostumbrado, como me pasa a mí contigo -respondió ella, dándome después un golpecito en un hombro.

- Vale. Hora de reposar. Que descanses.

- Y que sueñes con los angelitos. O con vampiritas que te susurren «*elemental, mi querido García*».

Tras la despedida, nos fuimos cada uno a nuestro dormitorio para cerrar los ojos al día y entrar, así, en el mundo de la dulce muerte temporal con el deber cumplido. «*El Cuervo*», la única agencia de investigación vampírica, que sepamos, había resuelto su primer caso. Todavía quedaban muchos, pero el primero, como pasa siempre, tiene algo especial, tan especial que, antes de dormirme, abrí la ventana, con la persiana bajada, por supuesto, cogí un paquete de cigarros que guardaba de no sé qué andanza anterior, encendí uno, y me lo fumé paladeando cada calada como si no hubiera otra más allá. Mientras estaba en ello escuché un ligero toque en la puerta del dormitorio, sonreí, abrí, escuché el «*Así que te fumas un cigarrito y no invitas siquiera, ¿eh?*» de MC, le

pasé la cajetilla, inhalamos juntos aquel conglomerado de nicotina, papel, amoníaco, monóxido de carbono y otras lindezas absolutamente indiferentes para la salud de uno de los nuestros, le conté un par de chistes, reímos y nos volvimos a despedir hasta el crepúsculo. Para que luego digan por ahí que la amistad entre un vampiro y una vampiresa es imposible.

El tiempo, relativo como es, variable según el espacio y la velocidad, llega y marcha inexorable. Aunque en realidad somos nosotros los que llegamos y marchamos, devorados por los tiempos que, momento a momento, queremos devorar, a no ser que detengamos la forzada orgía de instantes caníbales, busquemos lo que permanece, acojamos la verdad que late bajo la piel del universo y, dando gracias, caminemos con la mirada fija en el horizonte, las manos abiertas recogiendo a los vencidos, los pies ajados abriendo puentes para los últimos. Entonces se olvida la búsqueda del mito de la juventud, el cruel yo aprende a ser nosotros, y llega, sin saber exactamente cómo, la madurez. Y ya no importan esta cara y este cuerpo. Solo la Vida, que no es algo, sino Alguien, ilumina, y encontramos, al fin, sentido.

Disfrute la Vida. Merece la pena, con cuñados, armarios, Yurguens, Tripas, malvadas brujas, Ojetes, Cocos y cuarentazos incluidos. De verdad.

*Siempre suyo, L, el vampiro.*

*Roma, 20 de mayo de 2018, solemnidad de Pentecostés.*

